J. Firmat Noguera

LA MISA DEL GALLO

O

EL CRIMEN DE NOCHEBUENA

Melodrama en seis actos y ocho cuadros

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1915

LA MISA DEL GALLO

O

EL CRIMEN DE NOCHEBUENA

LA MISA DEL GALLO

O

EL CRIMEN DE NOCHEBUENA

Melodrama de espectáculo
en seis actos, divididos en ocho cuadros

original de

Jaime Firmat Noguera

Estrenado con extraordinario éxito en el
teatro Apolo, de Barcelona, la noche
del 24 de Diciembre de 1914

BARCELONA
TIPOGRAFÍA DE FÉLIX COSTA
Conde del Asalto, 45
1915

TITULOS DE LOS CUADROS

1.º ¡ Nochebuena !
2.º Un juicio a puerta cerrada.
3.º Plan de fuga.
4.º ¡ Adelante !
5.º Las armas.
6.º ¡ Dilema fatal !
7.º Cáliz de amargura.
8.º La cartera salvadora.

Al señor Don José Ferrer y Vidal

Rinde culto a su alta amistad con esta "misa" que celebra en el altar del reconocimiento, su devoto amigo, q. b. s. m.,

EL AUTOR

REPARTO

Personajes	Actores
Elena Pozas	Sra. Caparó.
Ana María	» Bayona.
Pilarcica, niña de 7 años	» Ortiz.
Alfredo Monreal	Sr. Rojas.
Padre Juan	» Delor.
Jaime Vitel	» Perelló.
El Gorrión	» Sierra.
El Pelao	» Carnicero.
Perico Chaporro	» Rubio.
Eleuterio	» Guilemany.
Presidente	» Castells
Fiscal	» Lluellas.
Defensor	» Crespo.
Inspector	» Mer.
Ujier	» Sagristá.
Juanito, niño de 12 años	Niña Redondo.
Mozo 1.°	Sr. Crespo.
Mozo 2.°	» Sagristá.
Guardia 1.°	» Casanovas.
Guardia 2.°	» N. N.

Jurados, magistrados, relator, guardias civiles, guardias de seguridad, dos ladrones, transeuntes, vendedores, mozos del pueblo, rondalla, presidiarios, un empleado de presidio, cabos de vara, ronda, etc.

Nuestros días. — Derecha e izquierda, las del actor

Jaime Vitel vestirá de paisano en la primera escena del primer acto, y cuando vuelve a salir, al final del mismo, uniforme de teniente de la guardia civil: en el resto de la obra, capitán.

Perico llevará ropas de sacristán únicamente en las escenas primera y segunda del cuarto acto.

Eleuterio usa traje claro a grandes cuadros, botas blancas, hongo de alas rudimentarias y gran corbata de un rojo subido, en el acto segundo, y raro, aunque distinto, en el primero.



ACTO PRIMERO

CUADRO I

¡Nochebuena!

Plazoleta. Al foro, una iglesia a la que dan acceso varios peldaños. Puestos de venta de juguetes, aves y turrones. A la izquierda, primer término, la puerta de una taberna, encima de la cual se lee el rótulo este: «EL NIÑO LLORÓN». En primer término derecha, una casa que mostrará al público un elegante salón, a la izquierda del cual aparece un ventana, provista de artística reja a la plaza. Puerta a la derecha, y una al foro, practicable, con forillo de pasadizo. En el salón y en la plaza, iluminación eléctrica. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ELENA y JAIME, en el salón. PERICO, ELEUTERIO, vendedores y transeuntes, en la plaza. Elena, sentada, con aire de preocupación. Jaime, paseándose nerviosamente. Perico, junto a la iglesia, vendiendo capones. Eleuterio, en su puesto de juguetes; junto a la taberna. Varios transeuntes cruzan la escena, y algunos se detienen ante los puestos para mirar o hacer compras.

PERICO (Voceando.) ¡Capones! ¡Capones de Torrelodones!

ELEUTE. (Idem.) ¡A los preciosos juguetes! Figuritas para el Belén, *estilo Luis XV*.

JAIME ¡Siempre ese aire de tristeza!

ELENA ¿No puedo abandonar el disimulo en la vida íntima? Sabes bien que nunca te ofrecí amor.

JAIME — Mi cariño aumenta con los años, y tu indiferencia no cede más que ante la sociedad.

ELENA — Tu conveniencia y la de mis padres me entregaron a ti. No tienes derecho a quejarte.

JAIME — Pero soy tu marido, soy tu dueño, y no debes amargar mi vida.

ELENA — Si en vez de emplear odiosas combinaciones con mis padres, hubieses sondeado mi corazón, no estaríamos unidos, y ambos fuéramos menos desgraciados.

JAIME — Cuenta que me insultas y que ofendes a tus padres.

ELENA — Ellos te permitieron tan asidua entrada en casa, y a horas tan inconvenientes, que hube de aceptarte por esposo, o pasar, a los ojos de todo el mundo, por tu amante.

JAIME — Yo sólo veía mi empeño tenaz de conseguir tu mano.

ELENA — Pues triunfaste; ¿qué más deseas?

JAIME — Ser dueño de tu amor, de tu confianza.

ELENA — Adquiriste la estatua, pero sin alma.

JAIME — Yo daré con ella. (Se pasea, y, deteniéndose delante de su mujer:) Tú sabes que crecí en la opulencia, y que, arruinados mis padres, no pude ser redimido del servicio de las armas y fuí soldado. Sargento era cuando te conocí; y aunque después heredara de mi madrina lo suficiente para vivir con decoro, en el ejército continué, y he logrado llegar a lo que soy: a teniente de la guardia civil. Pues por ti he luchado, Elena, y por ti he vencido; ¡mira si te amo!

ELENA — (Fríamente.) Para tu bien fué.

JAIME — Fué por tu amor.

ELENA — Además, ya sabes que por mí no pertenecerías a esa institución.

JAIME — Conozco tu aversión por los uniformes, y ya ves que procuro llevar el mío lo menos posible. Hasta lo dejo en casa de tus padres, y allí me cambio de ropa cuando precisa.

ELENA — (Secamente.) Y te lo agradezco.

JAIME — Quieras que no, acabarás por amarme.

(Irónico.) ¿O es que tu alma sueña con aquel primer amor?... ¡ Pobre Alfredo ! Tanto te amaba, que se casó antes que tú !

ELENA (Airada.) ¿Se casó antes que yo?... (Nerviosa, locuaz.) ¡ Tú entrabas en casa de mis padres a horas intempestivas y aun estando ellos ausentes !... ¡ Era todo un plan ! ¡ Tú sabes que a los ojos del mundo, pasábamos por amantes ! ¡ Nada de esto ignoraba Alfredo !... ¿Y podía casarse con una mujer así, deshonrada a los ojos de la sociedad?... Jaime, procura no olvidar que cedí a tus pretensiones por evitarme mayor perjuicio.

JAIME (Grave.) Advierte que faltas al respeto que me debes.

ELENA Pues no provoques semejantes cuestiones.

JAIME ¡ Terminemos esta enojosa escena !

ELENA Será mejor. (Pausa.)

JAIME Esta noche estoy de guardia, ahí, en el cuartel próximo.

ELENA Bien... Lo sabía...

JAIME (Marchándose.) Hasta mañana.

ELENA Hasta mañana.

JAIME (Antes de salir.) (¡ Y es hermosa ! ¿Por qué ha de existir ese maldito Alfredo?) (Vase foro, y en cuanto se ve sola, Elena desaparece.)

ESCENA II

PERICO, ELEUTERIO, EL GORRIÓN, EL PELAO, vendedores y transeuntes, en la plaza. El Gorrión y el Pelao, aparecen por último término izquierda, prosiguiendo, en voz baja, una conversación.

GORRIÓN ¿Pero estás seguro?

PELAO Seguro... de vida.

GORRIÓN Entendámonos : ¿a quién te refieres?

PELAO Al señor aquel que va con una señora y un niño... (Mirando y señalando último término izquierda.) Por ahí vienen ; ¿les ves?

GORRIÓN Sí. (Mirando.)

PELAO Pues ellos son.

GORRIÓN ¿Y lo viste bien?

PELAO ¿Que si lo vide?... Compró unos turrones,

metió mano en el bolsillo y sacó una cartera rolliza de billetes.

GORRIÓN (Codicioso.) ¿Conque había muchos?

PELAO ¡Pronto lo sabremos!

GORRIÓN Mírale; aquí está nuestro hombre. Ahueca y que haiga pupila.

PELAO Descuida: tengo yo un *pupilaje,* que ríete tú de las casas de huéspedes. (Se apartan al fondo, poniéndose al acecho.)

ESCENA III

Dichos, ALFREDO, ANA MARÍA y JUANITO; después, JAIME. Los primeros aparecen por el último término de la izquierda.

JUANITO ¡Papá, papá, cómprame estas figuras! (Parado ante un puesto.)

ANA No seas pedigüeño, Juanito.

JUANITO Pero si es que me faltan los Reyes para el Belén.

ALFREDO ¡Los reyes resultan muy caros!...

JUANITO Pues cómprame pastorcitos y labradores.

ALFREDO Esos sí que salen a poco menos de nada; te los compraré. (Aparece Jaime por detrás de la casa de la derecha y desaparece por último término.)

JAIME (¿Qué veo? ¿Alfredo con su hermana y su hijo? ¿Ignorará todavía que nos hemos trasladado de casa?... ¡Sin duda! ¡Me voy, no quiero que me vean.) (Vase.)

ALFREDO (A su hermana.) ¿Has visto al marido de la pobre Elena?

ANA Sí; sus padres la hicieron bien desgraciada.

ALFREDO ¡Y yo soy desgraciado también, porque aun la llevo en el corazón! ¡Si mi mujer, si mi buena Laura viviese, ella lo colmaría y yo fuera dichoso!

ANA Dios quiso llevarse a tu Laura, que era tu ángel bueno.

ALFREDO (¡Y este corazón mío, tan sediento de amor!)

ANA (¡Pobre Alfredo! ¡La ama aún!) ¿Elena y su marido, viven todavía en la calle del Progreso?

ALFREDO No; se han trasladado a esta plazuela. (Señalándola.) Esta es su casa.

ANA ¿Tan cerca estamos de ella? ¡ Pobre mártir ! (Durante este diálogo, Juanito, que se habrá entretenido en mirar los varios puestos de juguetes, se detiene ante el de Eleuterio.)

JUANITO Tía, papá, estos pastores me gustan. Compradme éstos.

ALFREDO ¡ Voy, hijo, voy !... (Se aproxima al puesto del vendedor, y, en voz baja, concierta unas figuras que entrega a Juanito. Saca la cartera para pagar.)

GORRIÓN (Al Pelao.) ¡ No perdamos tiempo ! ¡ Anda !

PELAO Tú, parpadea. (Se acercan disimuladamente a Alfredo.)

GORRIÓN ¿Me da usté lumbre? (Mostrando un cigarro apagado.)

ALFREDO (Guardándose la cartera y dándole, después, su cigarro encendido.) Encienda usted. (El Pelao, mientras, le roba la cartera limpiamente.)

GORRIÓN (Una vez servido.) Gracias *anticipadas*. (Por la cartera.) (¡ Ah, ya es nuestra !) (Se aleja.)

PELAO ¡ Aquí está ! (Dándole la cartera.)

GORRIÓN (Tomándola.) Vamos... ¡ Pedalea ! (Rápidamente van a salir por la izquierda, último término, y retroceden.) ¡ Chist !... ¡ Por ahí vienen los *poli!*

PELAO ¡ Estos siempre se presentan en cuanto se *consumió* el sacrificio ! (Vanse aceleradamente por detrás de la casa. Dos guardias de orden público cruzan calmosamente la escena de izquierda a derecha, y desaparecen. Los vendedores, junto con Perico y Eleuterio, han ido pregonando sus mercancías. A Perico le han comprado ya casi todos los capones, y le dice a un chiquillo que se encuentra a su lado:)

PERICO Tú te quedas aquí, que voy por más capones. ¡ Y que no te duermas ! (Vase por último izquierda.)

ALFREDO (Consultando su reloj.) Las once, ¡ y la cita no es hasta las doce !... ¡ Cómo late mi corazón ! ¡ Una fuerza irresistible me empuja hacia estos barrios que ella habita ! ¡ Ahí está, a dos pasos de mí ! ¡ Qué crueles son las horas que nos separan de nuestro amor ! (Dirigiéndose a la casa.) ¡ Hasta las doce, Elena, hasta las doce ! (Durante el monólogo, Juanito y Ana, frente al puesto de Eleuterio, habrán ido colocando las figuras en un maletín.)

JUANITO (Gozoso.) ¡ Qué contento estoy, tiita !

ANA — ¿Te gustaría venir a esta iglesia, a oir la misa del gallo? (Señalando la del fondo.)

JUANITO — ¡Sí que me gustaría!

ANA — Pues vendremos. ¿Vámonos, Alfredo?... Dejaremos en casa estas chucherías, y si te parece, saldré con Juanito para oir la misa del gallo.

ALFREDO — Como quieras, hermana.

ANA — ¿Vámonos?

ALFREDO — Por aquí. (Vanse por detrás de la casa.)

JUANITO — ¡Ahora sí que estará bonito el Belén!

(Los vendedores continúan pregonando sus mercancías. Unas personas cruzan la escena; otras compran en los puestos; algunas entran en la iglesia. Los niños dan guerra a sus juguetes, y entre todos forman un cuadro animado. Por último término izquierda, aparecen el Gorrión y el Pelao.)

ESCENA IV

EL GORRIÓN, EL PELAO, ELEUTERIO, vendedores, transeuntes y un mozo de taberna.

PELAO — Dices...

GORRIÓN — Te digo de nuevo,
u, si quieres, te repito,
que en la taberna del Magras
había cuatro ojos místicos
de dos polizontes, de esos
que te llevan al garlito
si te ven con buenos cuartos,
mala cara y mal vestido.
Dime tú, pues, si delante
de aquel par de cocodrilos
era *rezto* que exhibiera
un jornal de los más pinguos.

PELAO — Decididamente, eres
un sabio sietemesino
de la Engracia, que es la madre
de siete sabios mellizos...

GORRIÓN — Pelao, créeme, vayamos
a la taberna del «Niño
Llorón», pues allí los guardias
no se detienen ni a tiros.

PELAO Vayamos a la taberna.

(Se sientan a la mesa de la calle, y palmotean y sale un mozo.)

GORRIÓN ¡Vengan dos quinces! ¡Prontito!

(El mozo vuelve en seguida con dos chatitos de vino y se retira a la taberna.)

Pues, como íbamos diciendo,
en la cartera hay un pico
regular, y este negocio
debe ser equitativo...

PELAO ¿E... qui... ta... qué?

GORRIÓN (Con suficiencia.) Es una frase
de los Estados Unidos.

PELAO ¡Ya!

GORRIÓN En la cartera hay setenta
duros.

PELAO ¡Caray!

GORRIÓN Treinta y cinco
son pa ti, y el resto, u sea
lo demás, es pa este amigo
de un servidor. La cartera
me la quedo y pago el vino.

PELAO Como quieras.

GORRIÓN Y ahora, vete;
que no nos pesquen reunidos.

PELAO Adiós. (Levantándose.)

GORRIÓN Mucha mano izquierda,
y a ver si escurres el físico.

PELAO ¡Escurro físico y cuartos
hasta quedar escurrido!... (Vase.)

ESCENA V

GORRIÓN; después, un MOZO.

GORRIÓN ¡El Pelao es un lipendi!
Me abandona la cartera
y también estos papeles
de inutilidad doméstica.
(Por los de la cartera).
¡Y la cartera es de buten!
Lleva aquí encima dos letras
que quizás que sean de oro.

¡ Anda, Dios ! ¡ Si es un babieca !
(Sacando varios papeles de la cartera; uno de los cuales lee después.)
¿ Qué hago con estos papeles ?
Nada... (Pausa.) ¿ Qué leo ? «Tu Elena...
que te quiere... que te adora.»
Amoríos y pamemas...
(Leyendo.) «Querido Alfredo : A las doce de esta noche te aguardo en mi casa. La sirvienta habrá salido a la misa del gallo, y mi marido, que está de guardia, no regresará hasta el amanecer. No tiene más que empujar la puerta. Te quiere, te adora, tu Elena.—P. D. No olvides que nos hemos trasladado a la Plazoleta..., número 4.»
(Recitado.) Pero, ¿ no he leído mal ?
¿ No tengo en los ojos, telas
de araña, u cualquiera cosa
por el estilo ?
(Vuelve a mirar el escrito.)
Plazuela,
de... número 4. ¡ Mozo !
(Palmotea. Sale el mozo, que cobra y retira el servicio.)
Cobra... Por dos quinces, treinta.
(Se levanta y va a mirar el número de la casa de la derecha, cuya puerta, que está en la parte trasera, permanece invisible para el público.)
¡ La fija !... El número cuatro.
No hay duda, la casa es ésta...
¿ Que se las piró el marido ?
¿ Que sólo empujar la puerta ?...
¡ Anda el Verbo !... ¡ La ocasión
la pintan calva !... ¡ Aprovecha !
(Se cachea, para convencerse de que va "empalmao", y desaparece por detrás de la casa.)

ESCENA VI

Dichos, y ELENA, en el salón. PERICO, en la calle.

ELENA (Saliendo.) Poco falta para las doce... ¿ Me amará todavía ?... ¡ Sí, me ama y ven-

drá !... ¡ Y esta llama de mi pasión que se aviva con la ausencia ! (Escuchando fondo.) ¡ Oigo pasos !... ¡ Es él !... Alfredo... Alfredo...

GORRIÓN (Entrando.) ¡ Servidor !

ELENA (Que retrocede aterrada.) ¡ Jesús !

GORRIÓN No señora ; ni Alfredo, ni Jesús. Soy Serapio, «El Gorrión», afilador acreditado que besa sus pieses. (Mostrando una navaja.)

ELENA (Reponiéndose.) Salga usted de mi casa corriendo.

GORRIÓN ¡ Venga parné y piro volando !

ELENA (Enérgica.) Repito que salga usted.

GORRIÓN Y yo repito : venga parné.

ELENA Si no sale usted al momento doy voces de alarma.

GORRIÓN (Con flema.) ¿ Y quién acudirá? El que cargó con la *cruz* está de cuartel, y el que se lleva la *cara,* no vendrá hasta las doce. Aun quedan bastantes minutos.

ELENA (Pasmada.) ¿ Qué oigo ? ¿ Usted sabe...

GORRIÓN Yo sé que quiero parné.

ELENA No tengo dinero en casa.

GORRIÓN Se busca.

ELENA (Enérgica.) Pues no lo tengo.

GORRIÓN (Amenazador.) ¡ Pues lo necesito !

ELENA Si no se marcha usted, abro la ventana y pido auxilio. (Se dirige a la ventana y el Gorrión se lo impide, agarrándola por una muñeca.)

GORRIÓN ¡ Mutis !

ELENA (Forcejeando.) ¡ Suélteme ! (Gritando.) ¡ Socorro ! ¡ Socorro !

GORRIÓN (Sujetándola más fuerte.) ¡ Chito ! ¡ Si gritas, te desuello !

ELENA (Luchando se desprende y corre a la ventana.) ¡ Ah, por fin !... ¡ La ventana !... (Trata de abrirla. Suenan las doce en el reloj de la iglesia.)

GORRIÓN ¡ Las doce !... ¡ Y el otro va a llegar !... (Nervioso, corriendo de la puerta a la ventana.) Si gritas, ¡ te mato !

ESCENA VII

Dichos. PERICO y ALFREDO.

(Por último término izquierda aparece Perico, cargado de capones, que deja en su puesto, voceándolos. Alfredo entra por primer término izquierda, y cruzando la escena desaparece por detrás de la casa.)

ALFREDO (En la plaza.) ¡ Las doce !... ¡ Pronto estaré junto a ti, mi amada Elena !

GORRIÓN Oigo pasos... Alguien viene.

PERICO (En la plaza.) ¡ Capones de Torrelodones !

ELENA (Tratando de abrir la ventana.) ¡ Auxilio ! ¡ No puedo abrir !

GORRIÓN (Azorado.) ¡ Vienen hacia aquí !... La luz sobra. (Toca el conmutador y deja la escena a obscuras.)

ELENA ¡ Ah ! ¡ Por fin se abrió ! (Abre la ventana y grita :) ¡ Socorro ! ¡ Socorro ! ¡ Ladrones !...

GORRIÓN ¡ Yo también voy a *abrirte,* condenada ! ¡ Toma ! (Tanteando entre las sombras llega hasta Elena y le hunde la navaja.) ¿ Callarás ?

ELENA ¡ Ay !... (Lanza un grito, y tambaleando, apoyándose en las paredes, se dirige hacia la puerta del fondo.)

PERICO (En la plaza.) ¡ Piden socorro !... ¡ Y es en esa casa ! (Señalándola. Gran barullo entre los vendedores y el público, que se agolpan al pie de la ventana.)

ELEUTE. (Gritando.) ¡ Ladrones !

ELENA ¡ Piedad !... ¡ Me muero !

ALFREDO (Entrando en el salón.) ¿ Qué ruido es ése? ¿ Por qué está la habitación a obscuras ?

GORRIÓN Ha llegao la hora de tomar el vuelo, Gorrión. (Pasa por detrás de Alfredo, sale a la calle, se confunde con la gente y después huye.)

ELENA ¡ Al...fre...do !...

ALFREDO ¡ Es su voz !... ¡ Elena !... ¡ Luz !... (Toca el conmutador y se enciende la lámpara.) ¡ Horror ! ¡ Sangre ! ¡ Elena !

ELENA ¡ Al...fre...do !... ¡ Has...ta la eter...nidad ! (Cae muerta en brazos de Alfredo.)

ALFREDO (Con terror.) ¡ Muerta ! ¡ Asesinada !

ESCENA VIII

Dichos. JAIME, INSPECTOR y guardias de seguridad.

JAIME (En la plaza, por último izquierda.) Me dicen que hay ladrones en mi casa... ¡ Y está mi mujer sola !

PERICO Corramos.

JAIME Sí, corramos. (Se dirigen a la casa y aparece el inspector con los guardias.)

INSPEC. ¿ Dónde es eso ?

ELEUTE. Por aquí. (Todos entran en la habitación.)

JAIME ¡ Un hombre, y mi mujer en sus brazos ! ¡ Muerta !... ¡ Prended al asesino !

ALFREDO (Con un estremecimiento de horror.) ¿ Asesino ?

JAIME Sí. ¡ Este es el asesino de mi mujer !

ALFREDO ¡ Soy inocente ! ¡ Juro que soy inocente !

PÚBLICO ¡ Muera el asesino !

ALFREDO ¡ Yo no he matado a esta mujer !

INSPEC. (A los guardias.) ¡ Sujetadle ! (Los guardias le sujetan.)

ALFREDO ¡ Soy inocente !

INSPEC. (A Alfredo.) ¿ Qué hacía usted aquí a estas horas ?

ALFREDO (Turbado.) ¿ Qué hacía yo ?...

INSPEC. ¿ Cómo explica el detenido su presencia en este lugar, a las doce de la noche ?

ALFREDO Por medio de una carta que conservo de la pobre víctima ; carta que justifica mi presencia en este lugar a estas horas, y demuestra que no vine aquí con intento criminal.

JAIME (Junto al cadáver de Elena.) ¡ Este hombre miente !

INSPEC. Que enseñe la carta.

ALFREDO En mi cartera la guardo. Soltadme una mano y la enseñaré.

PÚBLICO ¡ Sí ! ¡ Sí !

INSPEC. (A los guardias.) ¡ Soltad ! (Los guardias le sueltan. Alfredo busca en todos los bolsillos y exclama, estupefacto :)

ALFREDO ¿ Qué es esto, Dios mío ?... ¡ No encuentro la cartera ! ¡ Me la han robado !

JAIME ¡ Farsante !

INSPEC. ¡ Canalla ! ¿ Y esta faca ? ¿ Y esta ganzúa ?

(Recogiéndolas del suelo. A los guardias, que lo ejecutan.) ¡ Maniatadle !

PÚBLICO ¡ Muera el asesino !

ALFREDO ¡ Piedad, Dios mío, piedad !... ¡ Juro que soy inocente !

PÚBLICO ¡ Muera !

OTROS ¡ Muera !

INSPEC. ¡ En marcha ! (Se lo llevan a empellones, y Jaime queda junto al cadáver de Elena.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, ANA MARÍA, JUANITO y rondalla, fuera.

JUANITO (En la plaza.) Corramos, tiita, que ya han empezado la misa del gallo. (Aparecen por el primer término izquierda.)

ANA ¡ Cuánto barullo !

JUANITO ¡ Y cuánta gente !

PÚBLICO ¡ Muera el asesino !

JUANITO Traen a un hombre preso.

ANA ¡ Desdichado !

RONDALLA (Interior, tocando y cantando, lejana.)

¡ Pulsa la guitarra
y el pandero suena,
dale a la zambomba,
que es la Nochebuena !

(Por detrás de la casa aparece Alfredo entre los guardias y el público que le increpa.)

ALFREDO ¡ Sobre la cabeza de mi hijo, juro que soy inocente !

PÚBLICO ¡ Muera ! ¡ Muera !

ANA ¡ Dios mío ! ¡ Esa voz !

JUANITO ¡ Es mi papá ! ¡ Papa mío !. (Con un grito del alma. La rondalla se aleja más aún.)

ANA ¡ Alfredo !

ALFREDO ¡ Hermana mía ! ¡ Hijo de mi corazón ! (Juanito llega hasta su padre y se le abraza a las rodillas.)

JUANITO ¡ Dejadle ! ¡ Es mi papá ! ¡ Dejadle !

INSPEC. Separad al rapazuelo. (Un guardia le aparta bruscamente, derribándole.) ¡ En marcha !

JUANITO ¡ Papá !
ALFREDO ¡ Hijo !
ANA ¡ Hermano mío !
ALFREDO ¡ Adiós ! ¡ Soy inocente ! ¡ Adiós ! (Desaparece Alfredo con los guardias y el inspector. Juanito, levantándose, y con grito desgarrador.)
JUANITO ¡ Papá ! ¡ Papá ! ¡ No os lo llevéis ! ¡ Es mío !... ¡ Es mío !... ¡ Papá !... ¡ Papá ! (Vase con Ana María detrás del grupo. Se perciben aún las notas de la rondalla.)

TELÓN PAUSADO

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

Un juicio a puerta cerrada

Sala del tribunal. En la mesa del relator, las pruebas de convicción: una faca y una ganzúa.

ESCENA PRIMERA

PRESIDENTE, FISCAL, DEFENSOR, ALFREDO, UJIER, dos magistrados, relator y dos guardias civiles. Jurados. Aparecen. todos colocados en sus lugares correspondientes. Alfredo, en el banquillo, entre dos guardias civiles, y sin esposas.

FISCAL ¿De suerte que la víctima, Elena Pozas, era amante del acusado?

ALFREDO Sí, señor fiscal. Y juro que hago tal declaración sólo para evitar que caigan envueltos en la deshonra que me amenaza mi inocente hijo y mi pobre hermana.

FISCAL Elena Pozas, antes de su matrimonio con el señor Vitel, ¿fué prometida del acusado?

ALFREDO No fué prometida, pero, a espaldas de sus padres, sostenía conmigo relaciones amorosas.

FISCAL ¿Elena y el acusado se amaban?

ALFREDO Sí, señor fiscal.

FISCAL ¿Y los padres de Elena no consintieron que el matrimonio santificase tales amores?

ALFREDO Ciertamente.

FISCAL Y Elena Pozas, aconsejada por sus padres, casó con Jaime Vitel.

ALFREDO Fué obligada por ellos. Elena era esclava de la voluntad paterna.

FISCAL ¿Elena se hizo esposa de un hombre que no poseía su corazón, a quien ella no amaba?

ALFREDO ¡Triste verdad!

FISCAL Pero, al pie del ara santa, juró fidelidad eterna a su esposo.

ALFREDO Su corazón no hizo semejante juramento.

FISCAL No intentaremos averiguar si los labios traicionaron al corazón. ¿Elena Pozas llegó sin mancha a los brazos de su marido?

ALFREDO (Con fuerza.) Seguramente, señor fiscal.

FISCAL ¿Y, sin embargo, después de casada se convierte en concubina del acusado?

ALFREDO (Grave.) Suplico al señor fiscal que modere su lenguaje, por respeto a la muerta.

PRESID. Modérese el acusado, y cíñase a contestar las preguntas que se le dirijan.

ALFREDO (Levantándose.) Señor presidente, este acusado cree que sobre las leyes de los hombres existe la ley augusta de la Naturaleza.

PRESID. (Enérgico.) Guarde el acusado sus opiniones y responda escuetamente a las preguntas.

ALFREDO ¡Bien! (Sentándose.)

PRESID. Siga su interrogatorio el señor fiscal.

FISCAL Con la venia. ¿El acusado se ratifica en su declaración de que tenía a Elena Pozas por amante?

ALFREDO Me ratifico en mi declaración.

FISCAL Diga el acusado cuándo recibió la carta en la cual le citaba para las doce de aquella noche.

ALFREDO Aquel mismo día, víspera de Navidad, a eso de las nueve de su mañana.

FISCAL ¿Quién le entregó esa carta?

ALFREDO Una niña de pocos años.

FISCAL ¿Quién era esa niña?

ALFREDO No la conozco; no la había visto nunca.

DEFENSOR Con la venia. ¿El acusado había recibido alguna otra carta de la víctima?

ALFREDO Ciertamente, señor letrado.

DEFENSOR Y esas cartas, ¿se las entregaba siempre una misma persona?

ALFREDO Al contrario. Siempre las recibía por personas distintas.

DEFENSOR ¿Y podría el acusado presentar alguna de esas personas?

ALFREDO No.

DEFENSOR Nada más.

FISCAL Diga el acusado: ¿por qué no presenta alguna carta de la víctima, anterior al hecho de autos?

ALFREDO No poseo ninguna de esas cartas, porque las rasgaba.

FISCAL ¡El acusado rasgaba las cartas después de leídas! ¡Entendedlo bien, señores jurados!

DEFENSOR Con la venia. ¿Rasgaba esas cartas en cuanto las había leído, inmediatamente?

ALFREDO Inmediatamente, nunca. Tenía la debilidad de leer varias veces cada una de sus cartas, y alguna de ellas la conservé tres y cuatro días sin rasgarla.

DEFENSOR ¡De manera que el acusado rasgaba las cartas de Elena, pero no inmediatamente de leídas! ¡Entendedlo bien, señores jurados!

FISCAL Explique el acusado, ¿cómo pasó el día de autos?

ALFREDO Entregado a mis habituales ocupaciones. A eso de las once de la noche, mi hermana, mi hijo y yo pasamos frente a la casa de Elena. Compré unas chucherías para mi hijo, y entonces debió de ser cuando me robaron la cartera, pues tuve que sacar de ella un billete para pagar al feriante. Después nos fuímos los tres a nuestra casa. Mi hermana y mi hijo quedaron arreglándose para asistir a la misa del gallo. Salí, y apenas habían dado las doce cuando entré en la casa de Elena. La puerta estaba entornada, como en la

carta me decía. Empujé, se abrió... La sala estaba a obscuras y oí la voz de un hombre, no me cabe duda, de un hombre que huyó a merced de las tinieblas. Después, un grito angustioso de Elena, que cae en mis brazos sin vida; Jaime Vitel, que me acusa de asesino; el inspector, que recoge del suelo una arma blanca y una ganzúa; la policía, que me prende, que me conduce a la cárcel, y, por fin, tras dolores del cuerpo y tormentos del alma, el torbellino de mi desventura me arroja sobre este banquillo... ¡que hoy ocupa no un delincuente, sino un desgraciado! (Se sienta y solloza. Pausa.)

PRESID. ¿El acusado tiene algo más que añadir en su defensa?

ALFREDO ¡Soy víctima de la fatalidad, señores jueces! ¡Unicamente podría probar mi inocencia si recuperase la cartera que me fué robada! (Esto con fuerza.) Pero la cartera salvadora no aparece y he de doblar mi cabeza al rudo golpe del destino.

PRESID. Vamos a proceder a la prueba testifical. Que pase el testigo... (Leyendo en unos papeles.) Pedro Chaporro y Domingo.

UJIER (Dando la voz desde la puerta.) Pedro Chaporro y Domingo.

ESCENA II

Dichos y PERICO CHAPORRO.

PERICO (Su voz, fuera.) Me huele que ese soy yo. (Entrando.) ¿Soy yo?

PRESID. Diga usted sus nombre, apellidos, edad y profesión.

PERICO ¡Ridiós, y cuántas cosas juntas! Me llamo Perico Chaporro y Domingo, que es el día más festivo de la semana, y mi *procesión* es la de pollero.

PRESID. ¿Natural?...

PERICO Franco y sencillo, como güen baturro.

PRESID. ¡Que de dónde es usted hijo!

PERICO ¡Otra que ridiós! De ande lo son tos mis hermanos: del misterio de dolor de mi madre, que era más güena que el Pilar.

PRESID. ¡Pregunto en qué pueblo nació usted!

PERICO ¡Pero si eso lo sabe too el mundo! Soy hijo de la Almunia, y criao en la Almunia... con biberón, porque la pobrecica de mi madre no púo criame.

PRESID. ¿Jura usted decir verdad en cuanto supiere y fuera preguntado?

PERICO Juro.

PRESID. Si así lo hiciere, Dios se lo premie, y si no, se lo demande. Interrogue el fiscal.

FISCAL Con la venia. ¿Qué ocurrió durante la Nochebuena del año próximo pasado? Responda el testigo. (Perico nada responde. Pausa conveniente.)

PERICO (Mirando a su alrededor.) ¡Vaya! ¿Naide risuella? Que responda ese siñor Tistigo.

FISCAL Usted debe contestar, porque el testigo es usted.

PERICO ¡Dale bola! Yo soy Perico Chaporro!

FISCAL ¡Bien! ¿Conoce usted algo del crimen perpetrado en la Nochebuena del año próximo pasado?

PERICO Yo ná sé del *pereperetado*, pero del crimen sí que sé alguna cosa.

FISCAL ¿El testigo estaba en la plazoleta, frente a la iglesia, vendiendo gallos?

PERICO No, siñor: eran capones.

FISCAL Bien; es lo mismo.

PERICO ¿Cómo? No siñor. Los capones no son gallos, y los gallos... ¡no son capones!

FISCAL En una palabra: ¡tenía un puesto de venta de aves! ¿El testigo oyó voces de socorro?

PERICO Sí siñor: de socorro y de auxilio...

FISCAL ¿De dónde partían esas voces?

PERICO De una ventana.

FISCAL La ventana esa, ¿correspondía a la casa señalada con el número cuatro?

PERICO A la mesma.

FISCAL ¿El testigo vió entrar en la casa señalada

con el número cuatro al acusado, al que se sienta en el banquillo? (Señalándole.)

PERICO Sí le vi.

FISCAL ¿Entró antes o después de oirse las voces de auxilio?

PERICO Antes.

DEFENSOR Con la venia. ¿Fué mucho antes?

PERICO ¡Muy poco antes! Cosa de un suspiro fué entrar el siñor y oíse las voces!

FISCAL ¿Y el testigo no vió entrar a nadie más en la casa?

PERICO No, siñor.

DEFENSOR ¿El testigo no abandonó su puesto ni un solo instante?

PERICO ¡Anda, anda! ¡Un buen rato! Como que fuí a cargar de capones, porque los primeros me se habían arrematao, y acababa de llegar estonces.

DEFENSOR ¡Perfectamente!

FISCAL ¿El testigo vió salir a alguien de la casa, después de oídas las voces de socorro?

PERICO No vi salir a naide ni endespués ni enantes.

DEFENSOR En cuanto se oyeron los gritos, se amontonaría la gente al pie de la ventana.

PERICO Es verdá.

DEFENSOR Y desde la ventana no se vería la puerta.

PERICO Tamién es verdá.

DEFENSOR ¿Se acercó el testigo a la ventana?

PERICO A too correr.

DEFENSOR Nada más. Tomen buena nota los señores jurados.

FISCAL ¿Y después?...

PERICO Después, cogí los capones y me marché a pies pa qué os quiero, decidío a no colocame jamás al lao de un feriero sastre, porque a mí naide me quita de la mollera que traen desgracia.

PRESID. Puede retirarse el testigo.

PERICO ¡Me arretiro, vaya si me arretiro! ¡Pero pa mí que esos benditos de sastres traen la negra! ¡que traen la negra! (Mutis.)

ESCENA III

PRESID. Que pase el testigo... (Leyendo.) Eleuterio Fernández Pérez.

UJIER (Dando la voz.) Eleuterio Fernández Pérez. (Eleuterio entra resueltamente, a grandes pasos. Cuando está delante del tribunal, formula una profunda reverencia y en seguida se yergue, con la satisfacción del deber cumplido.)

ELEUTE. Servidor. Eleuterio Fernández Pérez, soltero, casado y viudo... ¡Quiérese con ello significar que pasé por los tres estados! Treinta y cuatro años, natural de Cabra, vendedor de juguetes, de oficio sastre.

PRESID. ¿Jura el testigo decir verdad en cuanto supiere y fuera preguntado?

ELEUTE. Juro. (Tendiendo gravemente la diestra.)

PRESID. Si así lo hiciere, Dios se lo premie, y si no, se lo demande. Interrogue el fiscal.

ELEUTE. ¡Que interrogue! (Se vuelve en redondo hacia el fiscal.)

FISCAL ¡Con la venia! ¿Recuerda el testigo haber visto al acusado en la Nochebuena del año próximo pasado?

ELEUTE. Sí, señor; lo recuerdo perfecta y admirablemente. Los rasgos fisionómicos del caballero acusado no se borrarán tan fácilmente de mi retina.

FISCAL Explique el testigo cómo conoció al acusado.

ELEUTE. Le conocí en ocasión de acercarse a mi puesto, admirablemente surtido, dicho sea de paso, para adquirir en él algún que otro juguete con que obsequiar a un niño, realmente encantador, que el caballero acusado se permitía llevar consigo, dicho sea de paso.

FISCAL ¿Recuerda el testigo en qué moneda le pagó el acusado?

ELEUTE. En flamante papel moneda, busto Quevedo, tamaño achicado, valor veinticinco pesetas.

FISCAL ¿Vió el testigo si el acusado sacaba el billete de una cartera?

ELEUTE. Francamente, si he de ser franco, no vi la tal cartera.

DEFENSOR Con la venia. ¿Cuando el testigo cobró del acusado el precio de la venta que le hizo, no tenía otro comprador en su puesto?

ELEUTE. ¡Numerosos compradores se extasiaban ante mi puesto, el más bien surtido de la feria, dicho sea de paso, y en tales días los clientes no me dejan punto de reposo, dicho sea de paso también!

DEFENSOR Tan atareado estaba que no pudo fijarse en cosa alguna fuera de su negocio, ¿verdad?

ELEUTE. ¡Naturalmente!

DEFENSOR Nada más.

PRESID. Puede retirarse el testigo.

ELEUTE. Como hasta el actual, e incondicionalmente, quedo al servicio de la Justicia, si que de la ley. (Formula otra exagerada reverencia.) Eleuterio Fernández Pérez, de oficio sastre, soltero, casado y viudo, dicho sea de paso. (Vase arrogante y satisfecho.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, y en seguida, JAIME VITEL.

PRESID. Que pase el testigo... (Leyendo.) Jaime Vitel Pereyra.

UJIER (Dando la voz.) Jaime Vitel Pereyra.

ALFREDO (¡El marido de Elena! ¡Valor, Dios mío!) (Entra Jaime, severo, apesadumbrado.)

PRESID. Es potestativo de usted declarar en esta causa.

JAIME Quiero declarar, señor presidente.

PRESID. Bien. Interrogue el fiscal.

FISCAL Con la venia. ¿Conoce usted al acusado?

JAIME Por desgracia le conozco.

FISCAL ¿Hace mucho tiempo que le conoce usted?

JAIME — Hará unos catorce años. Desde antes de mi matrimonio con la pobre Elena.

FISCAL — ¿Sabe usted si el acusado visitó alguna vez a Elena en su casa?

JAIME — Desde mi matrimonio, afirmo que una vez sola, y ésta fué la noche del crimen.

FISCAL — Fueron encontradas en el lugar del crimen esta faca y esta ganzúa. (Señalándolas.) Es de presumir que el acusado abriese la puerta con la ganzúa.

JAIME — Como es seguro que mató a Elena con la faca que aparece aun ensangrentada.

ALFREDO — Seguramente esa faca mató a Elena, pero juro que no fué esgrimida por mí! ¡ Juro que soy inocente !

JAIME — Yo no referiré más que la verdad, señores jurados. Este hombre se encontraba a las doce de la noche en las habitaciones de mi mujer, con ésta entre sus brazos, muerta, caliente aún su cadáver. La faca y la ganzúa que están de manifiesto aparecían junto a sus pies. La faca aun está ensangrentada. Este hombre, este monstruo, es sorprendido, y declara que posee una carta de la pobre víctima que justifica la presencia del mismo en aquel lugar, y añade que guarda ese escrito en la cartera... Pero en seguida finge que esa cartera le ha sido robada, y por toda disculpa se encierra en su constante afirmación de que es inocente. Yo estoy convencido de la culpabilidad de ese hombre ; y escudado en el dolor que me tortura, no titubeo en arrojarle al rostro : —¡ Alfredo Monreal : tú eres el difamador de mi mujer ! ¡ Tú eres el asesino de mi mujer ! ¡ Si escapas a la justicia de los hombres ; si los jueces se dejan subyugar por tu supercheria, no escaparás, ¡ asesino !, a la suprema justicia de Dios !

ALFREDO — (Levantándose y con voz tonante.) De nuevo mi alma exhala este grito : ¡ Soy inocente... pero las apariencias me condenan ! ¡ Todo se conjura contra mí ! En los semblantes de esos hombres que han de juzgar-

me leo claramente mi desgracia ! ¡ Me acosan el espectro del deshonor y la visión trágica del patíbulo ! ¡ Piedad, Señor, piedad ! ¡ Estoy perdido ! (Se deja caer, anonadado, sobre el banquillo y solloza entre estertores. Todos están de pie. El residente agita la campanilla.)

PRESID. ¡ Se suspende la vista !

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO TERCERO

Plan de fuga

Patio de presidio. En lontananza, mar y horizonte. Fondo, de parte a parte del escenario; muralla sobre peñascos naturales, y en ella la garita del centinela. A la derecha, el edificio, encima de cuya puerta pende una campana. Clavado en el suelo, un cañón de castigo. Un gran tronco vaciado para el rancho. Un poyo en primer término izquierda. Hora, el atardecer.

ESCENA ÚNICA

ALFREDO, EL PELAO, EMPLEADO, CENTINELA, PRESIDIARIO y cabos de vara.

(Varios presidiarios, de uniforme, y algunos arrastrando cadena, se pasean, comiendo. Otros reciben en sus cuencos el rancho que el empleado les reparte. El centinela se pasea por la muralla. Algún cabo de vara va y viene gravemente. Al levantarse el telón, toque de campana. Alfredo y el Pelao, en el poyo.)

PELAO ¡Anda, valor! ¡Decídete!

ALFREDO ¡Déjame, no quiero oirte! (Toda la escena, confidencial, en voz concentrada, pero clara.)

PELAO Es la libertad, lo que te ofrezco.

ALFREDO ¡Eres mi tentación! ¡No me persigas! ¡Déjame solo con mi dolor!

PELAO Pa el dolor ese te traigo yo el remedio.

ALFREDO ¡Estoy resignado con mi desgracia! ¿Para qué huirla, si me persigue por todas partes?

PELAO ¿Resinao? ¡Cobarde! ¿No galleas que eres inocente?

ALFREDO ¿Y tú me lo preguntas? Bien te consta.

PELAO ¡Pues por eso! ¿O es que esperas que aquí se te haga justicia? ¡Pues aguarda sentao!

ALFREDO ¡No sé si espero justicia!... Espero que pronto me traerá la libertad...

PELAO (Muy asombrado.) ¿Quién?

ALFREDO La muerte.

PELAO ¡Pamplinas! Sígueme y tendrás la libertad y la vida.

ALFREDO ¡Maldita vida, maldita libertad sin honor!

PELAO ¡No seas ganso!

ALFREDO ¡Me asusta un sol que no ilumina mi inocencia! ¡Aquí me quedo, aquí; á morir en las tinieblas del presidio!

PELAO ¿Y tú quieres a tu familia? ¿Tú quieres a tu hijo? ¡Mentira!

ALFREDO ¡Mi hermana! ¡Mi hijo!... ¡Sólo por ellos no me he quitado la vida!

PELAO (Insinuante.) Y por ellos debes querer tu libertad.

ALFREDO Sólo quiero mi rehabilitación.

PELAO Decídete ya, que pué ser que cuando quieras no sea tiempo.

ALFREDO Pronto cumplirán quince años que caí en poder de la justicia, y llevo aquí, en presidio, más de catorce años de cadena, de tormentos, de relajación... ¡y aquí seguiré mientras no se proclame mi inocencia!

PELAO (Insinuante.) Oye... ¿Y si yo te ofreciese poner en tus manos las pruebas de tu inocencia?

ALFREDO (Con un arranque.) ¿Qué dices?... ¿Tú?... (Decayendo.) Pero no, ¡imposible! El asesino de Elena ha muerto, tú me lo has

dicho cien veces, y la cartera salvadora fué destruída.

PELAO ¿Y si te juro que el asesino vive; que existe la cartera salvadora?

ALFREDO ¡Oh, calla! ¡Para que secunde tus proyectos no reparas en engañarme, en jugar con mi corazón!

PELAO ¡Pa qué tanto hablar! El asesino de Elena vive aún, y vive en Madriz, y tié guardáa la cartera.

ALFREDO ¿Cómo me lo pruebas?

PELAO Con una carta.

ALFREDO ¡Pronto! ¡A ver!

PELAO ¡Aguarda! Tú sabes que todos los meses recibo carta con dinero de un amigo de Madriz, y conoces su letra.

ALFREDO Sí; yo he leído también todas sus cartas.

PELAO Todas... menos una: menos ésta. (La muestra.) Mira si conoces la letra.

ALFREDO Sí, sí.

PELAO Pues oye. (Lee, subrayando convenientemente.) «Y sabrás de como sigo bien, bastante más bien que ese lila que está ahí, en ese restaurante obligao, gracias, no hay de qué, a la tontería que hice con aquella señora, en la Nochebuena. Pero que no culpe a nadie de su muerte cevil, porque la culpa la tié él solo, por llevar en la cartera misivas amorosas. Y por cierto que guardo la piel esa, como recuerdo de un primo. Tuyo, que lo es, Serapio, el Gorrión.»

ALFREDO Si eres mi amigo, como dices, entrégame esa carta.

PELAO (Apartándose.) ¡Panoli! ¿Y qué voy ganando yo con eso?

ALFREDO Hacer un bien.

PELAO Y seguir arrastrando la cadena, ¿verdá?... y pudriéndome aquí, ¿verdá?

ALFREDO (Amenazador.) ¡No sé, pero tú me entregarás esa carta, de grado o por fuerza!

PELAO Sí te la entregaré... Aguarda... (Rápidamente se vuelve, enciende una cerilla y prende fuego al papel.) ¡Tómala! ¡Ya es tuya!

ALFREDO ¡Condenado! ¡Esa carta era mi salvación y la has destruído!

PELAO — Pero existen el asesino y la cartera... Ahora ya estarás convencío.

ALFREDO — ¡Y bien!

PELAO — Y bien: si te fugas conmigo, hombre y cartera tuyos son... ¡Yo te los entregaré!

ALFREDO — ¿Por qué no me entregabas esa carta?

PELAO — ¡Porque hay que ganarlo! Tú querías la salvación de rositas, y no pué ser! ¡Hay que ganarlo!

ALFREDO — ¿Y cómo piensas realizar la fuga? ¿Cómo y cuándo?

PELAO — (Más confidencialmente aún.) Hoy mismo, así que venga la noche. Los dos dormimos solos en nuestra celda... En cuanto que pase la ronda... nos ponemos de pie junto a la ventana; yo me subo sobre tus espaldas y lima que te lima, hasta hacer saltar un barrote de la reja.

ALFREDO — ¿Y con qué limarás?

PELAO — (Cautelosamente muestra una cigarrera.) Con esto.

ALFREDO — Una cigarrera.

PELAO — ¡Una lima! (Abre la cigarrera, que es de secreto, y aparece una lima.)

ALFREDO — ¡Y es verdad!

PELAO — ¿Pues tú qué crees? ¡Esto se come el hierro, que ni que fuera pan! ¡Es cuestión de paciencia y de puños! Limamos nuestras cadenas; limamos el barrote; con mantas y ropas hacemos una cuerda, la atamos al otro barrote, nos descolgamos; luego, gateando por los salientes de las peñas, nos dirigimos a la barca de sanidad, que está amarrada hoy, y mar adentro, a fuerza de remos. Pronto pisaremos tierra y ¡salvaos, salvaos!

ALFREDO — ¿Y si los centinelas nos descubren?

PELAO — ¡Nos liquidan, eso sí! Algo hay que arriesgar.

ALFREDO — No, no me decido: no quiero huir.

PELAO — Decídete, o no conocerás nunca al asesino de Elena Pozas, y te pudrirás en el fondo de un presidio; y tu hijo será señalao por todo el mundo como el hijo de un criminal.

ALFREDO — ¡Hijo mío!

PELAO Y tú podrás morirte aquí descansao, porque sobre las tumbas de los presidiarios no lloran nunca sus hijos.

ALFREDO ¡Calla! Tus palabras hieren cruelmente mi corazón.

PELAO Más te lo herirán las maldiciones de tu hijo.

ALFREDO ¡La maldición de un hijo!... ¡Oh, nunca!...

PELAO En cambio, si te fugas, pescarás la cartera, conocerás al verdadero asesino de aquella mujer; serás declarao inocente, y tu hijo no se avergonzará de tenerte por padre.

ALFREDO Sí, sí, dices bien. ¡Hijo mío!

PELAO Decídete de una vez. ¿Sí o no?

ALFREDO ¡Sí! (Con fuerza.)

PELAO ¿Palabra?

ALFREDO Palabra.

PELAO Entendidos.

ALFREDO Así que cierre la noche...

PELAO En cuanto que pase la ronda y antes de que salga la luna.

ALFREDO ¡Silencio, que nos escuchan! (Un cabo de vara se detiene cerca de ellos, pero en seguida continúa su ir y venir.)

PELAO No temas. ¡Ni una palabra ya! (El empleado toca la campana.)

ALFREDO La campana de descanso.

PELAO Hacia la celda.

ALFREDO Vamos.

PELAO ¡A la libertad!

ALFREDO ¡A la rehabilitación! (Todos entran en presidio; los últimos, el empleado y los cabos de vara.)

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

¡Adelante!

Telón corto. Noche. Inmediaciones del presidio. La silueta de una fortaleza. Mar, etc.

ESCENA ÚNICA

ALFREDO, EL PELAO, cuatro individuos y un cabo de tropa. Al levantarse el telón, tras la corta pausa, se escuchan tres alertas de tres centinelas distintos. En seguida cruza la escena una patrulla, compuesta de los cuatro individuos y el cabo, que van al relevo del último centinela. Después de una pausa, por primera izquierda aparece el Pelao, que observa alejarse la ronda: vuelve a primera izquierda y hace señas a Alfredo de que le siga. Alfredo se presenta.

PELAO — ¡Anda, no te me vengas con temblores, que me se comunican como la eletricidá! (Nervioso.) ¡Por fin pasó la ronda! ¡Date prisa, que la noche está que ni de encargo pa tomar el trole!... ¡La obscuridá nos proteje!

ALFREDO — ¡No, no puedo, no debo seguirte!

PELAO — ¿Y pa eso habremos estao dándole guerra a la lima? ¡No seas *panoli!*

ALFREDO — Si nos cogen, más encierro, más penas y... ¡no, no te sigo!

PELAO — Aguarda, pues, a que vuelva la ronda, y ya tiés pa unos años más... ¡y despídete, pa siempre, de abrazar a tu hijo!

ALFREDO — ¿Qué dices? ¡Mi hijo! ¡Ah, cómo supiste llegar a mi corazón!

PELAO — ¡Calla!... ¡Vuelve la ronda!... ¡Muévete, si no quieres que nos echen la zarpa! La barca sanitaria está amarrada a las

rocas... En el penal todos duermen... Un minuto más... ¡ y no hay salvación pa nosotros ! (Rápido, concentrado.) Cuando venga el día ya estaremos en terreno firme y seguro... ¡ Ya tendrá padre tu hijo !

ALFREDO A mi pesar tiemblo... ¿Qué va a ser de nosotros?...

PELAO ¡ Corazón, y adelante ! ¡ Adelante !... ¡ Yo pondré en tus manos al autor del crimen !

ALFREDO ¡ Sí, sí, estoy resuelto ! ¡ Vamos !

PELAO ¡ Vamos ! (Desaparecen. Pequeña pausa, y vuelve a pasar la ronda, las voces de los centinelas se repiten, y tiene lugar la

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

Las armas

Una rada que, desde primer término derecha, corre todo el escenario y se pierde por tercer término izquierda. Potentes acantilados. En línea oblicua, varios peñascos, uno de ellos mucho más alto que los demás, pero tan estrecho en su cúspide, que sólo admite una persona. Al principio, el mar ocupa el espacio comprendido entre primer término derecha y tercero izquierda, pero luego va engrosando hasta cubrir los peñascos, excepto el más alto. Abarca por completo el escenario y rompe en el fondo. El horizonte, que apareció iluminado por la luna, se cubre al final de negros nubarrones; sopla el huracán, se encrespan las olas y los relámpagos culebrean en el espacio.

ESCENA ÚLTIMA

ALFREDO y EL PELAO. Suenan a lo lejos dos cañonazos. Aparece la barquilla con los presidiarios y se estrella contra una roca. Los presidiarios llegan hasta los peñascos.

PELAO ¿Oyes cómo erupta el cañón?

ALFREDO Nos acorralarán como fieras.

PELAO Por esta noche no hay cuidao.

ALFREDO La barca se ha estrellado contra las rocas, y sin ella no podremos huir.

PELAO Parece que le tomas gusto a la vida.

ALFREDO No es mi vida lo que me interesa: es mi rehabilitación, es la honra de mi familia.

PELAO Entre tanto procuremos salvar el pellejo. ¡La familia!... ¡Bah! ¡No seas *lipendi!* ¡Pa ellos, como pa todos, llevamos la marca de presidiario!

ALFREDO No me decías estas palabras al proponerme la fuga.

PELAO Es que si te las digo, tú no te decides, y sin tu ayuda yo no podía *pirar,* ¿comprendes?

ALFREDO Comprendo que eres un mal hombre.

PELAO Ya comprenderás que no... (vas mal.)

ALFREDO ¡Falso amigo!

PELAO *Falso* puede que lo sea, pero *paso* por todas partes... por donde *pasas* tú. Ya lo has visto: ¡por el mismo boquete!

ALFREDO Yo no me di a la fuga para ganar mi libertad, sino por tu promesa de hacerme conocer el autor del crimen que expío inocente, para librarme del infamante estigma de asesino.

PELAO ¡Anda la órdiga! Pa abogao de causas perdidas no tiés precio.

ALFREDO Por todo eso me fugué. ¡Mi libertad! ¿Para qué quiero la libertad sin honra? Mientras no se pregone mi inocencia, el mundo será para mí un inmenso presidio. ¿Qué más importa aquí que allá? ¡Si volvería a mi calabozo para ocultar mi vergüenza!

PELAO Vuélvete, si es tu gusto: por mí no quedes. ¡Ahora ya no puedes privarme de huir!

ALFREDO No; ahora no te dejo: ahora voy contigo; ahora quiero conocer al asesino de Elena Pozas, al culpable de mi desgracia.

PELAO Ahora... hemos de hablar los dos.

ALFREDO Habla, pues; te escucho.

PELAO (Con calma.) Tú piensa de mí lo que quieras... ¡pa el tiempo que vas a pensarlo!... ¡Dime lo que te venga a la boca, pero tú

no conocerás nunca al hombre que asesinó a tu Elena.

ALFREDO (Iracundo.) ¿Qué dices, miserable?

PELAO Lo que has oído, potentao.

ALFREDO ¡Canalla! Pero has sido poco cauto... porque me revelaste en la barca el nombre de tu amigo y el lugar de su residencia, y yo sabré encontrarle solo, y le arrancaré el secreto de su crimen... ¡con el corazón, si es preciso!

PELAO (Cínico, burlón.) ¡No seas pimpi! ¿Te paece a ti si habré yo hecho el primo?

ALFREDO ¿Acaso piensas deshacerte de mí? ¿Te propones matarme?

PELAO ¡Yo sé lo que me propongo!

ALFREDO Lucharemos a brazo partido, porque tú tampoco tienes armas.

PELAO Eso crees tú.

ALFREDO Me consta que no las tienes.

PELAO No tengo armas, es verdá... pero me llegarán pronto. (Mirando hacia el mar.)

ALFREDO ¿Te burlas de mí?

PELAO No me pitorreo... Tú verás. (Las olas empiezan a invadir la escena.)

ALFREDO (Alarmado.) ¿Qué es eso? ¿Parece que suben las aguas?

PELAO (Con explosión de gozo salvaje.) ¡Y sí que suben! ¡Al mar se le hinchan las narices!... (Las aguas suben más y más.) ¿Lo ves? ¡Esa es mi arma!

ALFREDO ¡No te comprendo!

PELAO (Fríamente.) Ya comprenderás. El agua sube, sube... pronto llenará todo esto y cubrirá estas rocas, subiendo, subiendo siempre... ¡Es la marea! ¿Lo ves?... Ya no podemos huir, y tú no sabes nadar.

ALFREDO Ni tú tampoco.

PELAO Es verdá, pero yo tengo un recurso.

ALFREDO Si tú puedes salvarte, yo me salvaré contigo.

PELAO ¡Mentira, y vas a verlo!... Hay una sola roca, una sola, a la que el agua no puede cubrir, y es ésta y es mía. (Junto al peñasco más alto.) ¡Dispútamela, si te atreves! ¡Dispútame la vida!

ALFREDO (Desesperado.) ¡Miserable! ¡Traidor! ¿Y

voy a morir ahogado y sepultaré en el mar la honra de mi familia, mientras tú, Judas, te salvas, y se salva el asesino de Elena Pozas?... ¡ Pues no ha de ser !

PELAO ¿A ver quién te librará de la muerte?

ALFREDO Mira quien : este remo. Dios me lo envía para mi salvación y tu castigo. ¡ Esta es mi arma ! (En efecto, un remo flota en las aguas, que, rápidamente, alcanzan una altura considerable, y de él se apodera Alfredo.) ¡ Pronto !... ¡ Apártate !... ¡ Déjame la roca o descargo sobre tu cabeza ! (Terrible, amenazando con el remo en alto. El Pelao trata de subir, azorado.)

PELAO ¡ Condenación !

ALFREDO ¿No te apartas?... ¡ Pues toma ! (Descarga el remo con toda la fuerza sobre la cabeza del Pelao, que pierde el equilibrio y rueda al mar. Alfredo trepa por la roca y gana la cúspide, mientras el Pelao se agita entre las olas. Todo muy rápido.)

PELAO (Al caer.) ¡ Maldito !

ALFREDO (Subiendo.) ¡ Así ! ¡ Arriba ! (Una vez arriba.) ¡ Por fin salvado ! (Las aguas suben mucho más. El Pelao, que se ahoga, tiende sus brazos en demanda de auxilio. Desaparece la luna ; se cubre de nubarrones el espacio y empieza a sentirse el fragor de la tormenta que al final estalla.)

PELAO ¡ Compasión ! ¡ Dame la mano ! ¡ Salvémonos los dos !

ALFREDO ¡ Muere ! ¡ Muera la estirpe de Judas ! Sepulta tu traición en las aguas del mar, menos amargas que la hiel de tu corazón.

PELAO ¡ Me ahogo ! (Braceando, desaparece entre las aguas. Alfredo, de pie sobre la roca, y apoyado en el remo.)

ALFREDO ¡ Ahora, Dios mío, haced que me salve, que descubra al asesino de Elena, que triunfe mi inocencia al sol esplendoroso de la libertad ! (Pausa. Tempestad.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

CUADRO SEXTO

Dilema fatal

Habitación humilde de casa rectoral. Primer término derecha, ventana enrejada. Idem segundo término, puerta. Dos puertas más a la izquierda. Puerta en el fondo que da a un pasadizo amplio, y en él un gran banco de madera, con brazos y respaldar. El pasadizo está iluminado por una lámpara de aceite pendiente del techo. Entre la puerta y la ventana, un reclinatorio con un Crucifijo de regular tamaño. A un lado, mesa y silla antiguas. Sobre la mesa, un velón encendido. Algunas sillas diseminadas por la escena. En las paredes, cuadros antiguos de asuntos religiosos.

ESCENA PRIMERA

PERICO; en seguida, ANA-MARÍA. Fuera, la rondalla. Al levantarse el telón está la escena sola y se escucha a lo lejos el cantar de la rondalla.

RONDALLA A Jesús los Reyes Magos
le hacen mil presentes de oro,
y al ver el metal, el Niño
cierra, asustado, los ojos.

(El son de la guitarra va alejándose.)

PERICO (Por el fondo, vistiendo de monaguillo.) ¡ Que yo, el propio Perico Chaporro, ex-labrador, ex-pollero y ex-aminao de dotrina demo-cátrica, haya de verme con estas ropas !
(Se pierde el son de las guitarras.)

ANA (Por la primera izquierda.) ¡ Sacristán !

PERICO Llámeme usted Perico, porque un sacristán es un amigo de toos los curas, y yo no lo soy... más que del padre Juan, que no es un cura.

ANA (Santiguándose.) ¡ Ave María Purísima ! ¿Qué dice usted?

PERICO ¡ Que no es un cura ! ¡ Que es un santo !

ANA Sí ; mi sobrino es todo bondad.

PERICO Como que nunca podré olvidar lo que hizo por mí el güeno del padre Juan !... ¡ Usté lo sabe !... Mi hijica se puso enferma, y yo no tenía estonces ni dineros ni trebajo, y el padre Juan acudió con too y la moceta curó. Dimpués, el padre Juan me dijo si quería acetar el cargo de sacristán y monaguillo mayor, y aceté. Era mi obligación. Ahí viene padre Juan.

JUAN (Por segunda izquierda.) A la paz de Dios.

ANA Amén.

PERICO ¡ Eso, que haiga paz ! Y que haiga guerra tamién, porque dimpués de la guerra viene la paz... y la paz viene de la guerra... y la guerra viene de la paz... y... (y me paéce que no sé lo que me digo.)

JUAN Vaya usted, Pedro.

PERICO (Buenamente.) ¡ Llámeme usted Perico !

JUAN Bien ; vaya usted, Perico, y disponga el altar mayor para la celebración de la misa del gallo.

PERICO ¡ Eso Perico lo arregla en un periquete ! (Medio mutis y volviendo.) ¡ Ah !, me se olvidaba : tío Doroteo me ha entregao esta carta pa usté. (Se la saca del pecho y la entrega al padre Juan.) Dice que s'ha retrasao por mor de que ha ido a otros países : en fin, usté verá.

ESCENA II

PADRE JUAN y ANA MARÍA.

JUAN ¡ Valor, Dios mío !
ANA ¿Es de él?
JUAN Sí.
ANA Lee, lee pronto. (Ambos profundamente emocionados. Padre Juan abre la carta y lee.)
JUAN «Adorado hijo, hermana querida : No os hablaré de mi salud porque eso poco debe importaros. Lo único que nos interesa es descubrir al autor del abominable crimen que inocentemente expío, para que la falible sociedad borre el estigma que puso sobre nuestras frentes. Pronto cumplirán quince años que labré, con la vuestra, mi desdicha, y si he sobrevivido a tan grande infortunio es por vosotros, amados míos. ¿No se vislumbra un rayo de esperanza? ¿Permitirá Dios que me hunda en la noche eterna sin ver la aurora de mi rehabilitación?» (Cierra y guarda la carta. Muy emocionados, enjugan sus lágrimas.)
ANA (Amargamente, dirigiéndose al Crucifijo.) ¿Cómo permitís, Dios poderoso, que un inocente sufra el más terrible de los castigos?
JUAN La justicia de Dios es infinita, eterna, inmutable. Ella prevalecerá contra todo error, pero acaso fuera de los límites de esta vida.
ANA Parece que fué ayer, y han transcurrido quince años. ¡ Tú no habías cumplido aún los doce !... Era, como hoy, la Nochebuena ! Salimos tú y yo a oir la misa del gallo... A las puertas de la iglesia, una rondalla anunciaba la felicidad a los hombres, y... (Ha ido emocionándose gradualmente, hasta que la congoja no le permite hablar.) No puedo proseguir !... ¡ Los ojos se me nublan de lágrimas !... ¡ No puedo más !...
JUAN (Como evocando la escena, y con emoción.) ¡ Terrible espectáculo ! ¡ Nunca te borrarás de

mi memoria ! Contrastando con la felicidad que anida en todos los corazones, con la alegría que se refleja en los semblantes, un grupo sombrío aparece frente a la iglesia. Se escuchan gritos, imprecaciones, lamentos... Es que llevan a un hombre preso y le acusan de asesino, y aun cuando el infeliz exclama : «¡ Soy inocente !», ¡ nadie quiere oir el grito desgarrador de la inocencia perseguida ! ¡ Y aquel hombre es tu hermano ; aquel hombre es mi padre !

ANA ¡ Piedad, Señor ! (Vase llorando por la izquierda.)

JUAN ¡ Señor, justicia ! (Se deja caer de rodillas en el reclinatorio.)

ESCENA III

PADRE JUAN, PERICO, MOZOS 1.° y 2.° y otros. Perico entra por el fondo, con todos los demás, que se descubren y forman tres grupo. Llevan guitarras, bandurrias, tamboril, etc.

PERICO ¡ Padre Juan !

JUAN ¡ Ah ! ¿ Eres tú, Perico?

PERICO Perico, con toa su gente. Tres comisiones traigo al retortero : una de viudos, una de casaos y de solteros la otra.

MOZO 1 Al grano ; a lo que vinimos.

MOZO 2 Yo diré a usté, padre Juan...

MOZO 1 Déjame hablar a mí primero.

MOZO 2 A mí me toca, porque mi padre es veterinario.

JUAN ¡ Calma ! Que hable uno solo.

PERICO ¡ Eso, que hable uno solo ! Y como yo soy aquí el número *uno*, allá va. Se trata, siñor cura, de que himos decidío marchar a la hacienda del siñor Roque, la del barranco de la raposa, pa acompañales a oir la misa del gallo. Pero hay de por medio una custión, y a usté acudimos pa que vea lo que himos de hacer. Semos tres grupos : el de los viudos, el de los casaos

y el de los solteros. A ver, ¿qué grupo ha de marchar delante en el camino?

MOZO 1 (A grandes voces.) ¡ Semos los solteros !

MOZO 2 (Idem.) ¡ Semos los casaos !

PERICO (Más fuerte aún.) ¡ Semos los viudos !

JUAN ¡ Calma ! (Cada grupo corea a los suyos.) Escuchadme: marcharéis de esta manera... (Se hace el silencio.) Los viudos... (Aplausos en el grupo de los viudos, disgusto en los demás.) los casados... (Aplauden los casados y protestan los solteros.) y los solteros, todos juntos, todos confundidos, porque todos sois hijos de Dios, todos sois hermanos. (Muestras de general aprobación.)

PERICO Y tié razón padre Juan: toos juntos, toos confundíos, sin hacer destinción denguna; asín, asín, (Mezclándose rápidamente.) como güenos hermanos. (Muy gozoso.) Puntead las guitarras, rondalleros; ¡ tamboril, suena ! Echemos una copla, y a seguía, camino de la hacienda del siñor Roque. (Todos forman un solo grupo, con Perico en el centro, y el mozo 1.° canta:)

MOZO 1
De la humildad al arrullo
Jesús nació en un establo,
pa demostrar que el orgullo
es cosa del mismo diablo.

(Vanse por el fondo, al son del tamboril y guitarras. El padre Juan se aproxima a la ventana para verlos partir, y el ruido va alejándose.)

ESCENA IV

PADRE JUAN, y en seguida, PILARCICA. Luego, PERICO.

JUAN (Desde la ventana.) ¡ Cantad, hermanos, cantad ! ¡ Las canciones que florecen en el corazón del pueblo, perfuman el alcázar de Dios !

PILAR. (Entrando, precipitada, or el fondo.) ¡ Señor cura ! ¡ Padre Juan ! (Le besa la mano.) ¿Ande está mi padre?

JUAN Ahora marcha con la rondalla.

PILAR. (Se acerca a la ventana y grita.) ¡ Padre !... ¡ Padre !...

PERICO (Volviendo presuroso.) ¡ Ridiós !... ¿Pero no te hi dicho que no te muevas de casa?

PILAR. Si es que me se recordaron aquellos cuentos del agüelo Pigote y me cogió miedo.

PERICO Anda, pues, moceta ; ven con tu padre. (Se agacha, y, de un salto, Pilarcica se le sube a los hombros.) Hasta pronto, padre Juan.

PILAR. Padre Juan, adiós. (Arreándole buenamente y cantando :)

Arre, tatanito,
vamos a Belén,
que mañana es fiesta
y al otro también.

(Desaparecen. El rumor de la rondalla, cada vez más lejano, hasta que se extingue por completo. El padre Juan aproxímase de nuevo a la ventana. En el pasadizo aparecen Jaime y dos guardias, acompañados por Ana-María, que les muestra al cura, y vase.)

ESCENA V

PADRE JUAN, JAIME y dos guardias.

JAIME (Desde la puerta del fondo.) Buenas noches.

JUAN A la paz de Dios.

JAIME ¿Tengo el honor de hablar al párroco de este pueblo?

JUAN Yo soy ese humilde pastor de almas.

JAIME Indudablemente, el señor cura tendrá conocimiento de una partida de malhechores que son el azote de este país.

JUAN En efecto ; conozco alguna de las malas acciones cometidas por esos desdichados.

JAIME Yo traigo la misión de capturar a los malhechores, y solicito del señor cura algunos datos para orientar mis pesquisas.

JUAN ¡ Quédese el pastor con su rebaño !

JAIME ¿Qué dice usted?

JUAN ¡Que su misión de usted es de guerra y la mía es de paz! Siga cada cual su camino.

JAIME ¡Yo llego a la Justicia por el castigo!

JUAN ¡Y yo voy al Bien por la clemencia!

JAIME No hay que descuidarse, señor cura, porque los ladrones no respetan ni la casa de Dios.

JUAN Afortunadamente poca cosa tenemos que pueda despertar la codicia.

ESCENA VI

Dichos, PERICO, GORRIÓN y un mozo. Por el fondo entran Perico y el mozo, que conducen una camilla de mano, ocupada por el Gorrión, que ha perdido el conocimiento.

PERICO Padre Juan: en el fondo de un despeñadero, camino de la hacienda del señor Roque, himos encontrao a este hombre, tendío sobre la nieve. Por más que le preguntemos, naa risponde. Estaba boca abajo y tié una herida en el pecho.

JUAN (Observándole.) ¡Infeliz!

PERICO En el parador de la tía Rosca mos han dejao esta camilla.

GORRIÓN (Con voz entrecortada.) ¡Me... muero!

JAIME (Observando atentamente al herido.) Este hombre no es hijo del país... Sus ropas, sus facciones, esta faca... (Se la arranca de la cintura.) todo me induce a creer que es uno de los malhechores cuya captura persigo.

GORRIÓN (Con voz entrecortada.) ¡Me muero!

JUAN ¿Queréis confesión?

GORRIÓN (Con voz ya más segura.) ¡Sí! ¡Confesión!

JUAN (Volviéndose a todos.) Este hombre pide confesión... Es un deber de conciencia auxiliarle.

PERICO (Al mozo.) Vamos, vamos a la hacienda del siñor Roque. (Vanse por el foro Perico y el mozo.)

JAIME (Ese hombre puede facilitar grandemente mi empresa. Por ahora no hay temor de que huya; pero si se restablece, no le des-

cuidaré.) Hasta más tarde, señor cura.

JUAN — Hasta más tarde. (Jaime y los guardias saludan y vanse por el foro.)

ESCENA VII

PADRE JUAN y EL GORRIÓN. El Gorrión se incorpora, abre los ojos y mira en torno suyo; parece que respira mejor. Se oprime el pecho en el lugar de la herida.

GORRIÓN — ¿En dónde me encuentro?

JUAN — Cerca de la casa de Dios.

GORRIÓN — ¡Dios! ¿Y me perdonará?

JUAN — Os perdonará si os confesáis verdaderamente arrepentido.

GORRIÓN — ¿Y no se sabrá nunca lo que yo os diga?

JUAN — ¡Nunca! ¡Secreto de confesión!

GORRIÓN — Bien; escuchad. Ahora me encuentro aquí porque soy un ladrón de esa partida que tantos robos hace. Me extravié por la montaña y rodé hasta el fondo de un barranco. No sé quién me ha traído aquí. Tengo una herida en el pecho y siento que se me escapa la vida.

JUAN — ¡Confesad! (Sentándose cerca de la camilla.)

GORRIÓN — ¡Sí, confesaré, confesaré! ¡Yo soy un asesino!

JUAN — ¡Un asesino!

GORRIÓN — ¡Tal día como hoy maté a una mujer... en Madrid... hace... quince años!

JUAN — (¿Qué dice este hombre?)

GORRIÓN — ¡La habitación estaba a obscuras! Yo había apagao la luz... ¡Suerte!... Entró un hombre y yo pude escapar... Lo cierto es que amarraron al hombre aquel, que era inocente, y fué condenao a cadena perpetua.

JUAN — (¡Fatalidad!) ¿Cómo se llamaba la mujer que asesinasteis?

GORRIÓN — Elena... Pozas.

JUAN — (¡Sí; ya no hay duda!)

GORRIÓN — Guardo una cartera que lleva encima dos letras de oro: una A. y una M. Es la que

le robamos al Monreal aquella misma noche.

JUAN (¡ Misericordia divina !) ¿ Y conserváis esa cartera en vuestro poder?

GORRIÓN Sí, aquí la llevo.

JUAN (Súbitamente, airado, amenazador.) ¡ Miserable !... ¿ Tú no sabes quien soy?

GORRIÓN Sois... un cura.

JUAN ¡ Soy Juan Monreal !

GORRIÓN ¡ Monreal ! ¿ Os llamáis, pues, como aquel hombre?

JUAN (Con voz concentrada.) Sí ; me llamo como aquel hombre que está en presidio cumpliendo condena por causa tuya ; sufriendo los dolores que tú debiste sufrir ; arrastrando la cadena que tú debías arrastrar : me llamo, en fin, como aquel hombre, que es mi padre !

GORRIÓN (Estupefacto y levantándose con gran esfuerzo.) ¡ Vuestro padre ! ¡ Perdón ! ¡ Misericordia !

JUAN Dí : ¿ la tuviste tú de aquel desdichado?

GORRIÓN ¡ Pero no me perdáis ! ¡ Me habéis prometido que nunca se sabría nada, nunca ! ¡ Secreto de confesión !

JUAN Sí, sí... ¡ Un fatal deber me obliga a callar, a enmudecer, a permitir que triunfe la mentira, y la verdad sucumba ! Sí, dices bien ; pero yo te suplico de rodillas que te declares autor de aquel crimen. (Arrodíllase.) ¡ Entrégale al juez la cartera, cuéntale lo que a mí has confesado ; purifica tu alma y salva a mi padre !

GORRIÓN ¡ Oh ! ¡ Me asustáis ! (Retirándose hacia la derecha, tambaleándose, presa de pánico. El padre Juan se ha levantado y le persigue impulsivamente. Se escucha a lo lejos el son de la rondalla, que va aproximándose.)

JUAN ¡ Ciego ! ¡ Dame esa cartera !

GORRIÓN ¡ No ; nunca, nunca !

JUAN (Terrible.) ¡ Esa cartera representa la vida, la libertad, la honra de mi padre, y la obtendré, la obtendré, aunque sea a la fuerza !

GORRIÓN ¡ No puedo defenderme !... ¡ Hasta la faca me han quitado !... (Sintiéndose desfallecer.)

¡ Voy a caer !... ¿ En dónde me apoyo?... ¡ Ah !... en la cruz. (Se deja caer en el reclinatorio abrazado a la cruz. La rondalla se oye mucho más cerca.)

JUAN (Retrocediendo.) ¡ La cruz ! ¡ Oh, cruz bendita ! ¡ Cruz redentora ! ¡ Tú me recuerdas mi deber ! (Alzando los brazos al cielo.) ¡ Perdón, Dios mío, perdón !

GORRIÓN Tambaleando, se dirige a la camilla y se echa en ella.) ¡ No puedo valerme ! ¡ Pero la cartera no la entregaré !

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, PERICO y un MOZO; fuera, la rondalla.

PERICO (Por el fondo.) ¡ Ya estemos toos aquí, padre Juan !

JUAN (Transición.) Bien ; conducid este hombre a mis habitaciones. Mandad aviso al médico. (Perico y el mozo cogen la camilla y salen por segunda derecha. Fuera llega la rondalla, suenan guitarras, tamboril, zambomba, etc., hasta caer el telón.)

PERICO En un periquete.

JUAN Ahora, a cumplir tu deber, sacerdote : a celebrar la misa del gallo... Después... después, inspírame, Señor !

RONDALLA (Fuera, cantando.)

Pa llegar hasta la gloria
hay una sendica negra,
y no más que se ilumina
con la luz de la conciencia.

(Padre Juan escucha, emocionado, la copla, y al final, cae de hinojos, sollozando.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

CUADRO SÉPTIMO

Cáliz de la amargura

Fondo, montañas. Izquierda, segundo término, la fachada de la iglesia, a la que dan acceso varios peldaños y junto a ella y a su derecha, la casa parroquial. Entre la casa y la iglesia, empotrado en la pared, una especie de emparrillado de hierro para las teas, que arden durante todo el acto. Derecha, segundo término, una cruz de piedra, de la que pende un farolillo de cristales verdes. Aspecto rústico. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

EL GORRIÓN y dos ladrones; dentro, la rondalla.

La escena está desierta. Celébrase en la iglesia la misa del gallo. Dentro suenan música y cantos. Pausa conveniente. Cesan un momento canto y música. Suena un agudo silbido, que parte de la casa parroquial, y que es correspondido por otro interior lejano. Por último término derecha asoman cautelosamente los dos ladrones y se aproximan a la casa, cuando en su puerta aparece el Gorrión, quien apenas consigue tenerse en pie, y entrega a sus camaradas un envoltorio, que aquéllos ocultan, prontamente, en una manta. La iglesia se alegra de nuevo con música y cantos. El Gorrión, sintiéndose sin fuerzas, se apoya en sus dos compinches y tratan de huir, penosamente, por último término derecha. Retroceden: el miedo se pinta en sus semblantes: han visto que alguien se acerca por aquel lado e intentan huir por detrás de la casa parroquial. Desaparecen a la vista del público, pero vuelven en seguida con el mayor azoramiento; alguien viene por aquel lado. Se ven perdidos.

GORRIÓN ¡Estamos perdidos! ¡Nos cazarán como conejos!... Por allá se acercan gentes.

(Derecha.) Por ahí también. (Izquierda.) ¡ Y yo que no puedo valerme ! ¡ A mí me es imposible escapar ! ¡ Nos perderíamos todos ! Agazapaos en aquellas malezas... (Fondo.) y en cuanto que pasen *ellos*, ¡ huid, huid ! ¡ Dejadme !... ¡ No tengo fuerzas ! ¡ A ver si puedo llegar a mi cama ! (Apoyado en sus compinches, va hasta la puerta de la casa, y allí se desprende de ellos.) ¡ Ocultad la joya ! ¡ No os la dejéis robar ! ¡ Huid, huid ! (Tambaleando se interna en la casa. Los ladrones se ocultan en la maleza.)

ESCENA II

JAIME, GUARDIA 2.° y tres guardias. Aparecen Jaime y dos guardias por la izquierda y los otros dos por la derecha. Llegan todos hasta la cruz. Los dos ladrones aprovechan la circunstancia para huir a toda prisa por la derecha.

GUARD. 2 (Saludando militarmente.) ¡ Sin novedad, mi capitán !

JAIME Bien : obedeced la consigna. Una sola voz de alto, y si no se entregan, fuego.

GUAR. 2 A la orden, mi capitán. (Los dos guardias vuelven a saludar militarmente y marchan por último término izquierda. Jaime y la otra pareja entran en la iglesia. Pausa. Por último término derecha aparece Alfredo, caminando penosamente. Lleva ropas de mendigo, un cayado y zurrón al hombro. Se arrodilla delante de la iglesia; solloza. Se levanta, recita, emocionado, los versos, y al final se deja caer al pie de la cruz. En la iglesia, música y villancicos.)

ESCENA III

ALFREDO, y dentro, la rondalla.

RONDALLA

Ha nacido el Niño,
para nuestro bien ;
con flor de cariño
vamos a Belén.

—

Con flor de romero,
con flor de piedad;
que brilló el lucero
de la humanidad.

—

Vamos, pastorcitos,
vamos a Belén,
y los corderitos
pueden ir también.

—

Dios con sus amores
nos redimirá...
¡Vámonos, pastores,
que ha nacido ya!

—

ALFREDO ¡Cantad, cantad villancicos!
¡Celebrad la Nochebuena
con guitarras y bandurrias
y zambomba y pandereta!
¡Cantad, cantad, corazones,
que ha descendido a la tierra
el Jesús de los humildes,
el Jesús de los que penan!
¡Cantad al Amor, hermanos,
si os doléis de las miserias
de la vida, si en las almas
queréis que el amor florezca!
¡Cantad por los desdichados
que el mundo del dolor pueblan!
¡Cantad por los miserables
esclavos de las tinieblas!
¡Cantad por los inocentes
que arrastraron la cadena
del presidiario, que fueron
perseguidos como fieras!...
¡Orad por los inocentes
que tienen la herida abierta
en el corazón, y sangra
el carmín de la inocencia!
¡Orad por los inocentes
que van con la cruz a cuestas!
¡Cantad, cantad villancicos!
¡Celebrad la Nochebuena!

(Se deja caer extenuado al pie de la cruz.)

ESCENA IV

Dicho y PERICO.

PERICO (Que sale de la iglesia y carga de teas el emparrillado.) ¡ Ridiós, qué frío ! Pondremos teas, pa que no falte lumbre a las gentes que van a marcharsen... ¡ Pronto arrematará la misa del gallo !

ALFREDO (Levantándose con esfuerzo.) ¡ La misa del gallo ! ¡ La Nochebuena ! (¡ Hoy cumplen quince años !...)

PERICO ¿ Quién anda por ahí?... (Acercándose a la cruz.) ¿ Qué buscáis, güen hombre?

ALFREDO (¡ Buen hombre ! Sí, lo soy, y, no obstante...)

PERICO Os vais a quear como un hielo... ¡ Otra que ridiós ! (Tomándole las manos.) Si vuestras manos están como las propias nieves... (¡ Y es viejo, el infeliz !) ¿ Sois un mendigo?

ALFREDO ¿ Un mendigo?... Sí... (¿ Quién más pobre que yo?)

PERICO (¡ Infeliz !) Entrad en la iglesia, güen hombre, y allí sentiréis un calorcillo que os hará provecho.

ALFREDO ¿ Sois de este lugar?

PERICO Sí lo soy. ¿ En qué puedo serviros?

ALFREDO ¿ Conocéis al capellán de esa iglesia?

PERICO ¡ Otra te pego ! ¿ Pues no le hi de conocer? ¿ Quién no conoce aquí al padre Juan? Y vos, ¿ le conocéis también?

ALFREDO ¿ Yo?... ¡ No, no le conozco !

PERICO El padre Juan es muy güeno pa los probes.

ALFREDO ¿ Es bueno para los desdichados, el padre Juan?

PERICO Se pasa de güeno, podéis creelo ; se pasa de güeno.

ALFREDO (¡ Oh ! ¡ Calla, corazón mío, no me traiciones !)

PERICO No tengáis reparo, güen hombre ; entrad en la iglesia, y en cuantico acabe la misa

del gallo podéis hablale al padre Juan, y no os faltará cena, ni un güen rincón y abrigo pa dormir.

ALFREDO ¡Sí, sí; le hablaré!... Pero, decidme... ¡En una de las aldeas vecinas he oído referir una triste historia! Decían que vuestro padre Juan era hijo de un...

PERICO Sí, es verdá: hijo de un presiliario, de un condenao a caena perpetua... ¡Alparceros! ¡Lenguas de escurpiones!... Pero conviene que lo sepáis, que lo sepa too el mundo... ¡Lenguas de escurpiones! ¡Alparceros! El padre de nuestro retor es un hombre honrao, un infeliz que fué al presilio inocente, que arrastra la caena sin culpa...

ALFREDO (¡Gracias, gracias, Dios de misericordia!)

PERICO ¡Si vierais, güen hombre, si vierais qué cartas escribe el enfeliz!... ¡Podéis creelo... parten el corazón! ¡Lenguas de escurpiones! ¡No escriben asín los creminales, no! Asín na más escriben los hombres de bien, los caluniaos, los perseguíos, los inocentes... (Con profunda emoción.)

ALFREDO ¿Y vos, creéis también en la inocencia de ese hombre?

PERICO ¡Con toa el alma!... ¡Lenguas de escurpiones!... ¡Alparceros!... (Resuelto.) Os juro que el padre de nuestro retor es inocente.

ALFREDO ¿Tan seguro estáis de su inocencia?

PERICO ¡Tan seguro! Yo tengo una hijica, güen hombre, y la quiero... ¿Vos habís tenío hijos?

ALFREDO Sí.

PERICO ¡Estonces, ya sabís cómo se quiée a un hijo!

ALFREDO ¡Hijo mío!

PERICO Y esta hijica mía me se puso enferma, y estuvo al morir, y yo no tenía estonces trebajo ni dineros pa melicinas, y el padre Juan acudió con los dineros y con el trebajo, y mi hijica se salvó de la muerte. (Enjugándose una lágrima.)

ALFREDO ¡Infeliz padre!

PERICO Y un día, güen hombre, un día, cuando ya estaba güena mi hijica, me la encontré arrodillá en su cama con las manecicas asín... (En ademán de orar.) y rezando, rezando...

ALFREDO ¿Y vos...

PERICO Y yo la ije, igo: «Hijica, ¿por quién rezas tú?» Y ella me ijo, ice: «Por el padre del señor retor, que es inocente.»

ALFREDO (Muy conmovido.) ¿Qué decís?

PERICO «Que es inocente»—repitió, y yo ije, igo: ¿Cómo lo sabes tú, moceta?» Y ella ijo, ice: «Porque la Virgen del Pilar me lo ha dicho, y la Pilarica no engaña!» Y allí estaba la capillita con su farolillo y la Virgen, que paecía mesmamente mover los labios como si dijera: «¡Es inocente!»

ALFREDO (¡Gran Dios!)

PERICO ¡Que quizás que aquello fuese porque en mis ojos bailaban las lágrimas y too danzaba en torno mío!... Pero mi hijica está cierta de que ese hombre es inocente, pues aun pasó que la Virgen, en sueños, la ijo: «¡Tú lo verás pronto, moceta!»

ALFREDO (Sintiéndose desfallecer.) ¡Piedad, Señor, piedad!

PERICO ¿Qué os da, güen hombre? ¿Os sentís enfermo?

ALFREDO (Reponiéndose.) ¡No; no ha sido nada! Decidme: ¿vive con el señor cura su tía?...

PERICO ¿La señora Ana-María? ¡Sí, güen hombre! ¡Es una santa! ¿La conocéis?

ALFREDO Sí, la conozco. ¿Podríais hacer que hablase yo con ella?

PERICO ¡Ya lo creo que sí! A ella no hay cosa que más le agrade que de socorrer a los probes... (Se dirige a la casa y Alfredo le detiene.)

ALFREDO Escuchad aún... ¿Ellos hablaban con frecuencia de ese infeliz, de ese presidiario?

PERICO Toos los días y a toas horas. (Rascándose la cabeza.) ¡Pero ahura caigo: pué ser que traigáis noticias suyas!...

ALFREDO ¡Tal vez!

PERICO (Gozoso.) ¡Oh, güen hombre; venid, en-

trad !... ¡ Qué alegría, Señor, qué alegría ! (Se dirigen ambos a la casa, pero se detienen al ver salir la gente de la iglesia, que desaparece en distintas direcciones, punteando las guitarras, tocando zambomba, tamboril, pandereta, etc., y cantando villancicos. Sale el último padre Juan. Los ruidos se extinguen.)

ESCENA V

Dichos y PADRE JUAN.

JUAN (Muy preocupado, en la puerta de la iglesia.) ¡ Pobre sacerdote ! ¡ Tu Nochebuena es noche de agonía !

PERICO (A Alfredo.) ¡ Aquí está padre Juan !

ALFREDO (Se vuelve, le ve y exclama aparte.) (¡ Hijo mío !)

PERICO (A Alfredo.) Mejor será que le habléis a él primero... ¡ Ya veréis !... (Al cura, confidencial y alegre.) Este hombre trae a usté noticias de su padre.

JUAN (Con un estremecimiento.) ¿ De mi padre?

PERICO ¡ Sí, de su padre ! ¡ Aluego ya me dirá usté si han sío güenas !... ¡ Que lo quiea Dios !... Me voy corriendo, que mi moceta me aguarda. (A Alfredo.) Ya podéis hablale, güen hombre. (Marchándose.) ¡ Qué alegría, Señor, qué alegría ! ¡ Esta noche es noche güena ! (Vase corriendo.)

ESCENA VI

ALFREDO y PADRE JUAN.

JUAN (Acercándose y con vivo interés.) ¿ Me traéis noticias de mi padre querido? ¡ Responded pronto, que me mata la impaciencia !

ALFREDO (¡ Desmaya mi corazón !) Sí... os traigo noticias de vuestro pobre padre.

JUAN ¿ No desfallece? ¿ Confía en que, tarde

o temprano, resplandecerá el sol de la justicia?

ALFREDO (Con angustia.) ¡ El infeliz ha sufrido tanto... que alguna vez desfallece !

JUAN ¡ Padre mío !

ALFREDO Y aunque allá... en el fondo de su atormentado corazón atesore un destello de esperanza... yo sé que, en las horas negras del dolor, la duda le envuelve.

JUAN ¡ Infeliz padre ! ¿ Cree, cuando menos, en el amor de su hijo?

ALFREDO ¡ La seguridad de ese amor le sostiene ! ¡ Sin el bálsamo de ese amor, hubiera perecido ya, el sin ventura !

JUAN ¡ Gracias, Dios de misericordia ! ¡ Y, pues el amor salva, mi padre se salvará !

ALFREDO (Con un grito que no puede reprimir.) ¡ Hijo mío !

JUAN ¿Qué decís, señor?

ALFREDO (Conteniéndose.) ¡ Que el desdichado no cesa de clamar, día y noche : «¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío !» (Le acomete un desmayo.)

JUAN (Auxiliándole.) Señor, señor, ¿qué ocurre?

ALFREDO (Con voz velada : solloza.) ¡ Hi... jo... !

JUAN (Adivinando.) ¡ Ah ! Esas lágrimas...

ALFREDO (Con explosión.) ¡ Hijo mío !

JUAN (Idem.) ¡ Padre ! ¡ Padre ! ¡ Padre ! (Se confunden en un estrecho abrazo y lloran copiosamente. Pausa.)

ALFREDO ¡ El alma mía se anega en luz ! (Se separan y enjugan sus lágrimas.)

JUAN Padre, necesitas descansar. Vamos a nuestra casa, a tu templo, mártir querido.

ALFREDO Espera, hijo, espera. Debes prevenir a mi hermana. Tú conoces su sensibilidad, y sabes que esta emoción podría dañarla. Quedémonos aquí, junto a la cruz.

JUAN Sí, padre, sí ; tú mandas.

ALFREDO Has de saber, hijo mío, cómo llegué a tus brazos ; por qué me encuentro aquí.

JUAN Dime, padre, dime.

ALFREDO No me alcanzó ningún indulto, no. ¡ Me fugué y me persiguen !

JUAN No temas, padre : te ocultaré en un lugar tan seguro, que nadie lo descubrirá.

ALFREDO ¡ No, hijo mío !... ¡ Ahora que nuestros corazones se han besado, perdida ya toda

esperanza de rehabilitación, yo mismo me entregaré a la justicia! (Con amarga resignación.)

JUAN ¡Nunca, padre, nunca!

ALFREDO No me fugué por ansias de libertad. Oyeme, hijo. Un compañero de cadena me engañó. El conocía al verdadero asesino de Elena Pozas y juró descubrírmele si yo le ayudaba a realizar la fuga. Pero aquel hombre era un traidor, un malvado. Hizo que nuestra barquilla zozobrase entre unos peñascos que iba a inundar la marea y, tras empeñada lucha conmigo, pereció ahogado. Yo pude salvarme en una peña cuya altura no alcanzaban las olas. ¡Fué aquélla una noche de horror, de espantosa agonía! ¡Bramaba la tempestad sobre mi frente, bajo mis pies! ¡Vime a merced de dos furias: la Noche y el Abismo! ¡Después, la luz triunfó de aquellos tenebrosos combatientes; vino la calma con la aurora, y vi a mis pies el cadáver de un mendigo! ¡Las aguas fueron retirándose, y allí quedó, sobre la arena, el cuerpo inanimado del infeliz!

JUAN Prosigue padre.

ALFREDO Era insensato huir en pleno día, con mis ropas de presidiario, y no era posible tampoco permanecer allí por más tiempo sin caer en manos de mis perseguidores. Mi vista se detuvo en el pobre muerto, que parecía mirarme piadoso, acariciador... Tuve una idea. Podía utilizar las ropas del muerto, y así lo hice. Cambié por sus ropas mi uniforme del presidio, y huí, huí, mientras mi corazón oraba por el náufrago.

JUAN ¿Y después?

ALFREDO Después, cubierto con sus ropas de pordiosero, fuí mendigando por aldeas y ciudades, hasta llegar a Madrid. Allí busqué al asesino de Elena... ¡y supe que había desaparecido!

JUAN (¡Oh, Providencia, cómo dejas sentir tu imperio!)

ALFREDO Antes de abandonar Madrid quise em-

plear en un recuerdo para ti mis pobres ahorros; el fruto de catorce años de trabajo ...y aquí lo tienes. Tómalo, hijo mío: es un cáliz; ¡un cáliz de oro! (Saca del zurrón un rico cáliz en su estuche.)

JUAN ¡Gracias, padre de mi alma! (Mirándolo.) ¡Este sí que es nuestro cáliz de amargura!

ALFREDO Dame, que no lo vea Ana María. (Se guarda otra vez el cáliz en el zurrón.) Empleado aquel dinero, volví a mi peregrinaje de mendigo por campos y ciudades, hasta que, extenuado de fatiga, llegué al oasis de tus brazos, hijo mío; llegué, ¡pero sin esperanza!

JUAN ¡Que brille de nuevo en tu vida la luz de la esperanza! ¡Espera, padre, espera!

ALFREDO Tus nobles sentimientos, hijo mío, no te permiten ver esta dolorosa realidad. (Se oye dentro la voz de Ana María.)

ANA ¡No puede ser!... ¡Voy a revolverlo todo!

ALFREDO La voz de mi hermana. Deja que yo la vea sin que ella lo note. (Se aproxima quedamente a la casa y trata de ver en su interior.)

JUAN (Dirigiéndose a la cruz.) ¡Aquí están el culpable y el inocente! ¡Vos los juntáis! ¡Vos les traéis a mí! Señor, ¿quién penetra vuestros designios? ¡Haced, Dios mío, que resplandezca la justicia! ¡Haced que triunfe la inocencia!

ALFREDO (Volviendo a primer término y con pesar.) ¡No pude verla!

JUAN Te lo repito, padre: no te dejes abatir por las tormentas del destino! ¡Reviva en tu corazón la esperanza! ¡Espera, padre, espera.

ALFREDO (Con desaliento.) ¡No, no! Siempre, y en todas partes, la fatalidad me persigue.

ESCENA VII

Dichos, JAIME y dos guardias, que salen de la iglesia y saludan.

JAIME Buenas noches.

ALFREDO Buenas noches. (¡Yo conozco esa voz!)

JUAN ¡A la paz de Dios!
JAIME ¿No siente usted el frío, señor cura?
JUAN El frío y yo somos buenos amigos.
JAIME (Frotándose las manos.) ¡Pues a mí me ataca de una manera cruel!
JUAN ¡Si quiere usted, entre en la casa parroquial, que no falta en ella un buen hogar!
JAIME Gracias, señor cura.
JUAN Siempre que usted quiera...
JAIME Nos entretuvimos en admirar la preciosa imagen de...
JUAN Fué costeada por mis buenos feligreses.
JAIME Se mostraron rumbosos, los buenos feligreses. No descuide usted la vigilancia de esa imagen, señor cura; por lo menos mientras los ladrones no hayan caído en nuestro poder.
JUAN Descuide usted.
JAIME (Reparando en Alfredo.) Y ese anciano..., ¿sería uno de los buenos feligreses?
JUAN No, señor.
ALFREDO No, señor.
JAIME ¿Es un mendigo?
JUAN Sí.
JAIME ¿Forastero?
JUAN En efecto.
ALFREDO Forastero soy.
JAIME Entonces, permítame usted: (Se acerca con fría calma a Alfredo. Este, observando atentamente a Jaime:)
ALFREDO (¡No hay duda; es el esposo de Elena!... ¡Fatalidad!)
JAIME (Rudo.) ¿De dónde venís?
ALFREDO (Sombrío.) De... Voy de pueblo en pueblo... ¡No vivo aquí ni allá!
JAIME ¿Tenéis vuestros papeles en regla?
ALFREDO (¡Dios mío!) ¡No; nunca he tenido papeles!
JAIME ¿Vuestro nombre?
ALFREDO (Pequeña pausa, observando el efecto que causa.) Jaime.
JAIME Lleváis mi nombre mismo.
ALFREDO (¡No me engañaba: él es!)
JAIME (Con fría calma.) ¿Vuestros apellidos?
ALFREDO Arilla y Mazuque.
JAIME ¿Sois aragonés?

ALFREDO Sí.
JAIME ¿De qué pueblo?
ALFREDO De Anzánigo.
JAIME ¿Qué edad tenéis?
ALFREDO ¡Cincuenta y dos años!
JAIME ¿Habéis oído hablar de unos ladrones que merodean por estas cercanías?
ALFREDO Nada sé.
JAIME Y... ¿cómo me probaríais que no sois uno de ellos?
ALFREDO (Enérgico.) ¡Con mi palabra! (¿Yo ladrón?)
JUAN (¡Señor, libra ya a mi padre de este tormento!)
JAIME ¡Ya! ¿Y quedamos en que no tenéis papeles?
ALFREDO (Sombrío.) No.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y ANA MARÍA, saliendo alarmada de la casa.

ANA Sobrino, sobrino... Perdonad, señores... Estoy alarmada... Yo no lo quería creer, pero ya no hay duda. ¡Nos han robado!
TODOS ¡Robado! (Jaime dirige una amenazadora mirada a Alfredo.)
ANA ¡Sí; nos han robado lo único que poseíamos de valor!... ¡Nos han robado el cáliz de oro!
ALFREDO (Con una sacudida, aparte.) (¡Oh, Dios mío!)
JUAN (Idem.) (¡Misericordia!)
JAIME (Mirando amenazador a Alfredo.) ¡De manera que ha sido robado el cáliz de oro! (Se va hacia el fondo y habla con los guardias.)
ALFREDO (¡Se abre un abismo a mis pies! ¡Estoy perdido!)
JUAN (A su padre.) (¡Descubramos que eres mi padre!)
ALFREDO (A su hijo.) (¡No; soy un fugado de presidio y me prenderían también! ¡Y mi pobre hermana, que nada sabe!... ¡Este golpe y esta sorpresa podrían matarla!... ¡Silencio, hijo mío, silencio!)

JAIME (Rudo.) ¡ Viejo, pronto, dame tu zurrón !

ALFREDO ¡ Tomad ! (Se lo da, temblando.)

JAIME (Sacando el cáliz.) ¿Qué veo?... ¡ El cáliz !

ALFREDO (Con palabra entrecortada.) Sí... el cáliz... de... oro... (Mirando como atontado en torno suyo y con temblores.) ¡ Yo... yo... lo he robado !... ¡ Yo... yo he sido... el ladrón !... ¡ Ladrón !... (Es presa de un ataque.) ¡ Ja, ja, ja ! ¡ Ja, ja, ja ! (El padre Juan le sostiene y alza la mirada al cielo. Los guardias le sujetan y le atan. Alfredo continúa en su excitación, hasta caer la cortina.)

JAIME (Triunfante.) ¡ Maniatadle y, preventinamente, conducidle a la casa parroquial ! ¡ Queda preso !

ANA (Con profunda piedad.) ¡ Pobre anciano !

JUAN ¡ Ah ! ¡ Yo le salvaré !

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

CUADRO OCTAVO

La cartera salvadora

Decoración del acto cuarto. Es de día.

ESCENA PRIMERA

JAIME, PADRE JUAN, PERICO y ANA MARÍA.

JAIME — ¿De manera, señor cura, que guardará usted, preventinamente, al detenido?

JUAN — Sí. Nada tema usted.

JAIME — ¿Puede usted responderme de su seguridad.

JUAN — Le respondo de ella.

JAIME — ¿Le parece a usted bien que se instale aquí una pareja para la vigilancia de los detenidos?

JUAN — Como usted quiera; pero la ventana está provista de fuerte reja, y esta puerta asegurada por doble cerrojo. (Izquierda segunda.)

JAIME — Entonces, no es preciso.

JUAN — Así lo creo.

PERICO ¡Güeno, pues a mí no me lo hará creer naide! Ese hombre es un güen hombre; y yo no sé entender cómo tenía en el zurrón su cáliz de oro. Eso sí que yo no lo sé; pero yo sé que yo no me engaño y que deseguía veo de qué pie cojean las gentes, y yo sé que me paeció un güen hombre, y yo no sé por qué dijo que él era el ladrón, pero yo sé... y yo no sé...

JAIME Limitaos a contestar mis preguntas.

PERICO No, pues si no me se deja hablar, no diré palabra.

JAIME Decid: ¿hablasteis con ese hombre mientras se celebraba la misa del gallo?

PERICO Sí, siñor.

JAIME ¿Y de qué os habló?

PERICO De cosas güenas.

JAIME No es eso.

PERICO ¿Cómo que no es eso? Pues si no hi de ser creío, me callo y en paz.

JAIME Quiero decir que preciséis de qué cosas hablasteis.

PERICO ¡Ah, ya, ya, ya!... ¡Las cosas!... ¡Pues de too y de na!... Que si tenía frío; que si no tenía calor; que si patantim, que si patantam...

JAIME A ver, a ver... ¿No os dijo si había estado alguna otra vez en esta aldea?

PERICO Ya os juro yo que ese hombre no había estao aquí nunca.

JAIME ¿Pero él os lo dijo?

PERICO Pero si ya os juro yo que no había estao.

JAIME Bien. ¿Os preguntó por el señor cura?

PERICO Toos los probes que llegan a la aldea, lo primerico que preguntan es por padre Juan, que tié nombradía de limosnero en too el país.

JAIME ¿Y no le abandonasteis un solo momento?

PERICO Hasta que salió padre Juan; estonces me marché.

JAIME (Preocupado.) ¡Es rarísimo! ¿Y afirmáis que el cáliz que se le ocupó...

PERICO No es el *de casa*.

JAIME ¿Y usted también, señora?

ANA Sí, señor, lo repito: no es el que nos han robado.

JAIME ¡Es inaudito, porque él confesó que había sido el ladrón! *(Transición.)* ¿Cómo sigue el detenido?

JUAN Mucho mejor, calmado ya de aquel súbito desvarío.

JAIME ¿Y ahora?...

JUAN Duerme.

JAIME Más tarde le interrogaré. ¿Y el otro, el herido?

JUAN Muy grave. Según el doctor, la herida es mortal.

JAIME ¡Es una lástima! Mi deber me llama a otra parte. Seguimos muy de cerca a esa canalla, y pronto caerá... *(Medio mutis.)*

PERICO Güena suerte... (y que no vuelvas por aquí).

JAIME Padre Juan: considero que su bondad de usted no tiene límites...

JUAN *(Humildemente.)* Señor...

JAIME Que odia usted el delito, pero ama al delincuente; le ama tanto, que ese amor le sugiere las ideas más diabólicas; modificaré: más peregrinas.

JUAN No entiendo a usted.

JAIME *(Con calma.)* Todos conocemos el rasgo sublime, el gesto, como diríamos ahora, de aquel obispo que creara la fantasía de un gran cerebro.

JUAN En verdad, no sé a qué se refiere usted.

JAIME Aquel buen obispo, señor cura, recibe de noche en su casa a un presidiario que no encuentra pan ni albergue sobre la tierra. Le recibe, y le sienta a su mesa, y le cede su cama, y le prodiga las mieles de su corazón amantísimo. Y el presidiario, señor cura, corresponde al buen obispo robándole aquella noche misma, robándole unos cubiertos de plata. Pero es detenido por los gendarmes, como si dijéramos por nosotros, y es llevado con aquellos cubiertos a presencia del señor obispo. *(Representando la escena.)* «—Monseñor, acabamos de capturar a este pillastre; ved, trataba de huir con estos cu-

biertos de plata.—¡ Cómo ! ¿Vos aquí, señor Juan? ¿Por qué no os habéis llevado los candelabros quc os di, que son también de plata, como los cubiertos?—¿Es decir, que no mentía, ese hombre, cuando dijo que se los habíais regalado?—No mentía.—¿De manera, que podemos soltarle?—¡ Sin duda alguna !» Y nosotros, que estamos... digo, los gendarmes, que están plenamente convencidos de que aquello no es más que un generoso ardid, no tienen más remedio que soltar al ladrón, al ladrón, que huye con la plata, mofándose de la Justicia. (Indignado.)

JUAN ¿Qué santo concibió esa sublimidad?

JAIME Un escritor cuyas obras figuran en el Indice.

JUAN Sea quien fuere, mi alma le reverencia. Pero, ¿a qué vino referirme esa cjemplar histcria?

JAIME. A propósito de nuestro caso. Difieren notablemente, lo reconozco, pero un fondo de magnanimidad lcs es común. Se habrá pensado: todo se reduce a declarar que el cáliz ocupado no es el quc se nos robó para que al pobrecito le dcjen en libertad.

JUAN Aseguro a usted...

JAIME Sólo que no le dejarán sin que antes pruebe satisfactoriamente la procedencia del cáliz de oro... y como presumo que no ha de serle tarea fácil, a la cárcel irá, sin que triunfen, por esta vez, los magnánimos sentimientos de un ministro de Dios. (Con una profunda reverencia, vase foro.) ¡ Muy buenos días ! (Le acompaña Ana-María y no vuelve.)

ESCENA II

PADRE JUAN, PERICO; en seguida, ALFREDO.

JUAN Pronto, Perico, abre su encierro.

PERICO Voy, voy... (Rápido va a la primera izquierda, da dos vueltas a la llave y aparece Alfredo.)

JUAN ¡ Pobre padre mío !

PERICO (A Alfredo.) Perdóneme usted, señor... Han pasado tantos años, y usté se encuentra asín tan desmejorao, que no le había conocío, no.

ALFREDO Gracias, noble corazón ; el mío guardará eternamente para ti un afecto paternal.

PERICO ¡ Gracias, güen señor, gracias !

JUAN Vé junto al enfermo, Perico, y avísame si le repite el ataque.

PERICO (Yéndose.) Avisaré, padre Juan, avisaré.

JUAN ¿Vendrá el doctor?

PERICO Ha dicho que sí vendría, que el hombre está grave.

JUAN ¡ Vé a su lado y cúidale !

PERICO ¡ Animo, padre Juan ! (A Alfredo.) ¡ Animo, señor, y esperanza ! (Vase segunda derecha.)

ESCENA III

PADRE JUAN y ALFREDO.

ALFREDO Ya lo ves, hijo mío : ¡ hay que sucumbir a los golpes de la adversidad !

JUAN ¡ No, padre, no ! Hay que luchar a brazo partido, con las uñas, a dentelladas. ¡ La adversidad es un monstruo, y hay que abatirlo !

ALFREDO (Derrotado.) ¡ Un solo zarpazo de ese monstruo te aniquila ! ¡ Es flexible como la serpiente, poderoso como el león, fiero y astuto como el tigre ! ¡ Se remonta al cielo como el águila, y se hunde en la tierra como el gusano ! Desgarra y devora y estruja y babea... ¡ Nada puede el hombre contra el monstruo de la adversidad ! ¡ Hay que rendirse !

JUAN Ese monstruo ruge en las tinieblas ; ataquémosle con la luz y el monstruo cegará.

ALFREDO ¡ Son muy densas las tinieblas que defienden al monstruo ! ¿Dónde hallar la luz que las disipe?

JUAN En la lucha por el Bien.

ALFREDO ¿Y en dónde se encuentra un corazón bastante fuerte para decidirse al ataque?

JUAN En el pecho de un hijo que ve a su padre víctima de la imperfección de los hombres; de un hijo que ansía borrar de la frente purísima de su padre un infamante estigma; de un hijo que conoce al verdadero autor del crimen que su padre espía inocente!

ALFREDO ¿Qué dices?... ¡Tú... hijo mío!

JUAN ¡Sí, padre! ¡Yo conozco al asesino de Elena Pozas!

ALFREDO ¡Oh! ¡Cómo se yergue mi alma! ¡Cómo revive mi corazón! ¿Tú conoces al asesino de Elena, hijo mío? Entonces, mi vindicación es un hecho; ¡entonces estoy salvado! ¡Corre, hijo mío, corre a denunciarle a la justicia; líbrame de la pesadumbre de mi deshonor; rompe mi cadena; ¡sálvame, hijo, sálvame!

JUAN ¡Es imposible, padre amado! ¡Conozco al asesino por secreto de confesión! (Pausa.)

ALFREDO (Dejándose caer, abatido, en una silla.) ¡Ya lo ves, hijo: el monstruo, agazapado en la sombra, hiere y arrastra la víctima a su antro!

JUAN ¡No, padre, no! El secreto de confesión es inviolable, ciertamente; ¡no basta ni el poder del Papa para relevarme del sigilo sacramental! Yo bien sé que cuanto se intentare para lograrlo, sería inútil... ¿A qué porfiar?... Pero...

ALFREDO (Sombrío.) La muerte; sólo la muerte...

JUAN ¿La muerte, dices, padre?... (Con ambigüedad.) Sí; tal vez la muerte.

ESCENA IV

Dichos y PERICO.

PERICO (Asomando azorado.) ¡Padre Juan, ese hombre que se muere, y en las ansias pide confesión! Dice que quiere declarar la verdá

de no sé qué... y pide que vengan gentes pa oirlen.

ALFREDO ¿Qué es eso?

JUAN ¡Bendito Dios! ¡Corramos, padre, corramos!

ALFREDO (Asombrado y para sí.) ¡Un moribundo!

JUAN ¡Perico, corre en busca del capitán de la guardia civil!... ¡Que venga pronto! ¡Siglos son los minutos que se pierden!... ¡Corre, vuela!...

PERICO No quedará por mí, padre Juan, no quedará por mí. (Vase presuroso por el foro.)

JUAN ¿Entremos, padre?

ALFREDO Entremos... (Toda esta escena muy movida, con anhelo. Padre Juan y Alfredo entran por la segunda derecha.)

ESCENA V

ANA MARÍA.

(Aparece preocupada por la puerta del foro.) ¡No sé, pero las facciones de ese hombre me recuerdan las de mi pobre hermano, las de nuestro Alfredo! (Mirando por la puerta primera izquierda.) ¡Dios mío, si fuera él!... ¡Pero no, es un desvarío! ¡El infeliz arrastra en el penal su cadena! ¿Cómo se encontraría aquí... y sin darse a conocer?... ¡No; es imposible! ¡No es mi hermano; no puede serlo!

ESCENA VI

Dicha y PADRE JUAN.

JUAN ¿Qué decías? (Por segunda derecha.)

ANA Nada, sobrino; ¡locuras, imaginaciones mías! No sé cómo, creí por un momento que ese anciano se parecía a tu padre... (Señalando primera izquierda.)

JUAN (Confidencial.) ¿Y si fuera realmente él, y si hubiese vuelto *de allá?*

ANA ¿Pero... qué dices, Juan?... ¿Qué dices?

JUAN Que confío en que pronto mi padre será declarado inocente; que allí está; que sus brazos te aguardan.

ANA ¡Oh, Dios piadoso! ¡Qué felicidad! (Vase gritando.) ¡Alfredo! ¡Alfredo! ¡Hermano mío! (Entra en la segunda derecha, sollozando de alegría, y una vez dentro se escucha la voz de Alfredo, que grita:)

ALFREDO ¡Hermana mía!

ESCENA VII

PADRE JUAN.

Ese hombre ha confesado toda la verdad. Se siente morir y no quiere llevarse el secreto al sepulcro. ¡Está anheloso por declararlo todo ante los testigos!... (Impaciente, mirando por la ventana.) ¡Y Perico que no llega con el capitán! (Dirigiéndose al Crucifijo.) ¡Dios mío! Y, pues el pecador se arrepiente y le perdonas, salva también a la inocencia perseguida! ¡Sostén la vida del moribundo! (Impaciente a la ventana.) ¡Y no llegan!... (Con un grito de alegría.) ¡Ah, sí! ¡Ahí les veo llegar a toda prisa! ¡Gracias, Dios de misericordia!

ESCENA VIII

Dicho, ALFREDO, ANA; en seguida, JAIME y PERICO.

ANA (Azorada en la puerta segunda derecha.) ¡Juan!

ALFREDO (Idem.) ¡Hijo! ¡No hay esperanza! ¡Ese hombre se muere y ningún extraño habrá oído la confesión de su crimen!

JUAN Ya están aquí Perico y el capitán. (Estos

entran presurosos por el foro.) ¡ Por piedad, señor, venga usted, pronto ! (Perico y Jaime cruzan la escena y vanse con padre Juan por segunda derecha. Alfredo se oculta detrás de Ana María. Se oye el ruido de un cuerpo que cae. Exclamaciones de Perico, padre Juan y Jaime.)

PERICO ¡ Pronto ! (Pausa.)

JUAN (Su voz, dentro.) ¡ Muerto ! (Sale y con profundo pesar.) ¡ Muerto !

ANA ¡ Muerto ! (Aparecen Ana y Perico.)

ALFREDO (Abatidísimo.) ¡ Perdido para siempre !... ¡ No hay esperanza ! ¡ El monstruo hizo presa !

JUAN Nada ha observado el capitán ; vuélvete a tu encierro, padre. ¡ Ahora, fiemos sólo en la misericordia de Dios !

ALFREDO (Agobiado.) ¡ Ya lo ves, hijo ! ¡ El monstruo de la adversidad nos acosa hasta la tumba !

JUAN ¡ Silencio ! (Vanse Alfredo, primera puerta izquierda. Ana y Perico, por el foro. Padre Juan echa el cerrojo a la puerta.)

ESCENA IX

PADRE JUAN, que se arrodilla, sollozando, ante el Crucifijo.

¡ Oh Jesús, mártir sublime, suprema misericordia, infinito amor !... ¡ Conforta mi atormentado espíritu, aparta el cáliz de mis labios ! Mira que el mal avanza sobre la tierra, sangriento, asolador !... ¡ Oponte a su marcha tenebrosamente triunfadora !... ¡ Destrúyele !... ¡ Mira, Señor, que mi corazón de hijo desmaya en la tortura ; que aquel corazón de padre agoniza en el tormento ! ¡ Señor Todopoderoso, muévate a piedad la oración de mis lágrimas ! ¡ Misericordia ! ¡ Misericordia !

ESCENA X

PADRE JUAN y JAIME.

JAIME (Por segunda derecha.) ¡Bien muerto está! Acabo de registrar sus ropas y ningún papel, ningún documento que le identifique. (A padre Juan.) ¿Y el otro preso?

JUAN (Levantándose.) ¡En su encierro!

JAIME ¿Y a qué obedece, señor cura, el haber sido yo llamado con tanta urgencia? ¿Es que el muerto quería descubrirme la guarida de sus compañeros?

JUAN ¡Más que eso, señor! Quería que oyese usted la confesión de un crimen.

JAIME ¿Un crimen, cuyo autor no fué descubierto por la justicia?

JUAN ¡Peor que eso, señor! ¡Un crimen que la justicia mandó expiar a un inocente!

JAIME No dé usted crédito a las patrañas de esa gentuza.

JUAN Lo declaró en trance de muerte. ¿Mentiría en esa hora suprema?

JAIME (Con naturalidad.) Sí, señor cura: es un caso corriente de patrañas póstumas.

JUAN (Grave.) Lo que dice usted repugna a mi conciencia.

JAIME (Cediendo.) ¡No obstante, la declaración de un sacerdote, y además la de otra persona, pueden influir para que los tribunales decreten la revisión!

JUAN ¿Y si ese sacerdote, como la otra persona que oyó la confesión, estuviesen unidos con lazos de parentesco con el inocente a quien se tratase de favorecer?

JAIME En tal caso, señor cura, la justicia veríase obligada a rechazar aquellas declaraciones, cuya parcialidad sería patente.

JUAN (Con desaliento.) (¡No hay salvación!)

JAIME Voy a redactar para la superioridad el parte de todo lo acontecido. Con permiso de usted. (Se sienta a la mesa, toma pluma, saca papel y se dispone a escribir.)

JUAN — Usted dispone.
JAIME — ¿Sus nombres de usted?
JUAN — Juan Monreal Cifuentes.
JAIME — (Que se levanta, sorprendido.) ¿Es usted hijo de Laura Cifuentes?
JUAN — Sí, señor.
JAIME — (Escudriñando.) ¿Y de Alfredo Monreal?
JUAN — Sí.
JAIME — ¿Hace mucho tiempo que recibió usted noticias de su padre?
JUAN — Ayer recibí carta suya.
JAIME — ¿Escrita allá, en el penal?...
JUAN — ¿Dónde, si no?
JAIME — Fuera de esa del penal, ¿no ha recibido usted ninguna otra carta de su padre?
JUAN — No.
JAIME — ¿Lee usted periódicos?
JUAN — Nunca.
JAIME — (Tras corta pausa.) ¿Entonces, ignora usted que su padre se ha fugado de presidio?
JUAN — ¿Cómo lo sabe usted?
JAIME — Por los periódicos y por el *Boletín* que he recibido, en el que se nos interesa la captura del fugado.
PERICO — (Por el fondo.) Señor capitán: ese guardia, que pregunta por usted. (El guardia se detiene en el pasadizo, frente a la puerta.)
JAIME — (A padre Juan.) ¡Vuelvo al instante! (¡Oh, qué sospecha!) (Jaime se detiene en el pasadizo, de espaldas al público y habla con el guardia, quien le entrega el cáliz.)

ESCENA XI

PADRE JUAN y PERICO. En el pasadizo, JAIME y UN GUARDIA.

JUAN — ¿En dónde está mi tía?
PERICO — En la iglesia, rezando.
JUAN — ¿Y tú, qué haces?
PERICO — Darles vueltas a mis sesos pa ver de encontrar una manera de que su padre se escape sin comprometele a usté.
JUAN — Pues abandona tu proyecto, porque mi padre no querrá huir.
PERICO — Y yo que tenía pensao encerrame en su lugar y...

JUAN (Conmovido.) ¡ Noble corazón !
PERICO ¡ Qué lástima, señor, qué lástima !

ESCENA XII

Dichos y JAIME.

JAIME (Por el foro, con un envoltorio.) ¡ Estoy desorientado, señor cura ! ¡ Los guardias acaban de capturar a dos ladrones, y les han ocupado este cáliz, (Muestra un cáliz de oro.) que confiesan haber robado con ayuda del hombre que acaba de morir. ¿ Es éste el cáliz de usted?
PERICO ¡ Otra que ridiós ! Este sí que es el *de casa,* capitán.
JUAN Sí ; ese cáliz es el que nos robaron.
JAIME (¡ Mi sospecha se arraiga más y más !)
JUAN Puede usted seguir redactando el parte, señor capitán, que yo me retiro.
JAIME (Reteniéndole.) Un momento, por favor... Presumo que tendré que darle al parte más extensión de la que me proponía. Padre Juan, sírvase usted ordenar que conduzcan aquí al preso.
JUAN Perico, tráele.
PERICO (Yéndose.) (¡ Una soga pa ese tío traería yo !)
JAIME Pronto.
PERICO ¡ Voy, voy !... (Aparte, amenazándole.) (¡ De buena gana le arreaba un mamporro ! (Abre la puerta primera izquierda.)

ESCENA XIII

Dichos y ALFREDO.

JUAN (¿ Qué nuevo dolor le aguarda?)
PERICO Salga usté. (A Jaime.) Aquí está. (Pausa. Alfredo aparece desalentado, sombrío, con la cabeza inclinada.)
JAIME (A Alfredo.) ¡ Mírame !
ALFREDO (Sin alzar la cabeza.) ¿ Para qué?
JAIME (Mirándole fijamente.) ¡ Ah, ciego de mí, que

no supe verlo antes !... ¡ Tú eres Alfredo Monreal !

ALFREDO (Fríamente.) Y tú, Jaime Vitel.

JAIME (A padre Juan.) ¿ Negará usted a su padre, como Pedro negó a Cristo?

JUAN ¡ Nunca ! ¡ Es mi padre, es mi padre, es mi padre ! ¡ Y es inocente !... El culpable está allí. (Segunda derecha.) Es aquel desdichado, que ha muerto confesándose autor del asesinato de Elena Pozas.

JAIME (Con calma.) ¡ Es lógico, es humano, que un hijo procure salvar a su padre ! ¡ Es un noble ardid !

JUAN ¡ Señor capitán !...

JAIME (Prosiguiendo.) ¡ Un ardid filial, santo, si usted quiere... pero que no convencerá a la justicia !

JUAN (Con arranque.) ¡ No es un ardid : es la verdad !

JAIME ¡ Una prueba ! ¿Por qué no entregaba el muerto la cartera salvadora? ¿Fué destruída?... (Irónico.)

JUAN ¡ Fué extraviada !

ALFREDO Sí, Jaime Vitel, se perdió esa cartera, y con ella toda esperanza de vindicación. Mira tú si es amarga mi pena : volver al presidio, ¡ y por tus manos !

JAIME ¡ Es la justicia que no quiere ser burlada !

ALFREDO Es la adversidad que no puede ser vencida.

ESCENA FINAL

Dichos, PILARCICA y ANA MARÍA.

PILAR. (Su voz, fuera.) ¡ Padre Juan ! ¡ Padre Juan !

ANA (Entrando por el foro.) ¡ Ahí viene vuestra niña, Perico !

PERICO ¡ A punto llega, con estas angustias ! (Entra por el foro, saltando, Pilarcica.) ¡ Anda a casa, demonio !

ANA No la regañéis.

JUAN ¡ Pobre ángel !... *¡ Dejad que se acerquen a Mí los niños !*

PILAR. No, si es que me voy corriendo... Sólo que venía pa que me diese usté la estampa de la Pilarica que ayer me prometió.

PERICO (Incomodado.) ¡A güena hora!

JUAN Siempre lo es para el Bien y para el Amor. (Saca una estampa de un devocionario y la entrega a la Pilarcica.) ¡Toma, ángel mío!

PILAR. (Tomándola.) ¡Gracias, padre Juan!

PERICO Y ahora, échala a perder y que se arrugue.

PILAR. Es que ahora, padre, no hay cuidiao, porque tengo una cosa pa metela: ¡míala! (Enseña una cartera con las iniciales A y M.)

PERICO Una cartera...

TODOS ¿Una cartera?

PERICO (A la niña.) ¿Quién te la ha dao?

PILAR. Ayer noche me la incontré en el barranco de la raposa, escarbando la nieve, allá cerquita de aquel hombre que sus llevasteis en las parihuelas...

JUAN ¿Qué dice?

ALFREDO (Ansioso.) ¿A ver la cartera?... (La toma.) ¡Ah, sí, sí!... ¡Mis iniciales!... ¡Mi cartera! ¡Es la mía! ¡Es la mía!

JUAN ¡Gracias, señor!

ANA ¡Misericordia!

ALFREDO ¡Pero está vacía, vacía!...

JUAN ¿No encontraste unos papeles?

PILAR. Sí, padre Juan, sí... ¡Unos papeles llenos de garrapatos!

JUAN ¿Y dónde están? ¿Qué hiciste de ellos?

PILAR. (Gozosa.) ¡Ah!... ¡Los eché al fuego del hogar, y ardían, ardían!

ALFREDO ¿Qué hiciste, desventurada?

JAIME ¡Nada prueba la cartera vacía!

ALFREDO (Anhelante.) ¡Dámela, hijo mío! Recuerdo que entre el forro y la piel oculté aquella noche un retrato. Si está aún, es cierta mi salvación.

JUAN A ver, padre, a ver... (El padre Juan se la entrega a Alfredo. Momento de ansiedad en todos.)

ALFREDO (Después de buscar y mostrándolo.) ¡Ah! ¡sí, sí! ¡Aquí está! ¡Aquí está! El retrato de Elena con su dedicatoria. ¡Mirad! ¡Leed! (Leyendo.) «A mi Alfredo, en la víspera de nuestro pecado de amor.» Y

aquí está la firma de Elena y la fecha de aquel día fatal. (Jaime mira al retrato, lee la dedicatoria, se lleva una mano al corazón, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dice:)

JAIME ¡Oh, sí!... éste es su retrato, y ésta es su letra y la confesión de su culpa. (Pausita.) ¡No hay duda! ¡Alfredo Monreal, eres inocente del asesinato de Elena. Los hombres te harán justicia, y serás vindicado. ¡Pero no culpemos a la Providencia por permitir tales errores! ¿Quién sabe por qué ocultos senderos llega la Justicia? Vuestro pecado costó la vida a Elena, y a ti (A Alfredo.) quince años de tortura. ¡El mío, el que cometí asaltando, como un pirata, el corazón de una mujer me trae el castigo en estas palabras crueles, que se hunden en mi corazón como un puñal y destruyen mi dicha!

ANA ¡Bendito sea Dios!

PERICO Y bendita sea mi moceta... (Tomándola en sus brazos.) Y ¡olé, tu padre!

JUAN ¡El monstruo ha rodado a los pies de la inocencia!

PILAR. (Por la estampa.) ¡Y la Pilarica sonríe, padre Juan, sonríe! (Todos besan a la niña.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA

CANTARES PARA LA RONDALLA

El Niño Dios ha nacido
envuelto en rayos de luna,
y, con ser Dios, ha cabido
en el hueco de una cuna.

—

Su frente, un lirio del valle...
su rostro bello, un jazmín...
sus manos, dos azucenas...
¡ su corazón, un jardin !

—

El Niño cierra los ojos
de los tres Reyes al brillo...
Pero los pastores llegan
¡ y abre los ojos el Niño !

—

El buen Jesús de la gloria
se trajo amor y nobleza,
y rueda que rueda el mundo...
se quedaron en mi tierra.

—

El ángel, sobre la puerta...
San José, junto al pajar...
El Niño, sobre el pesebre...
¡ La Virgen, junto a un Pilar !

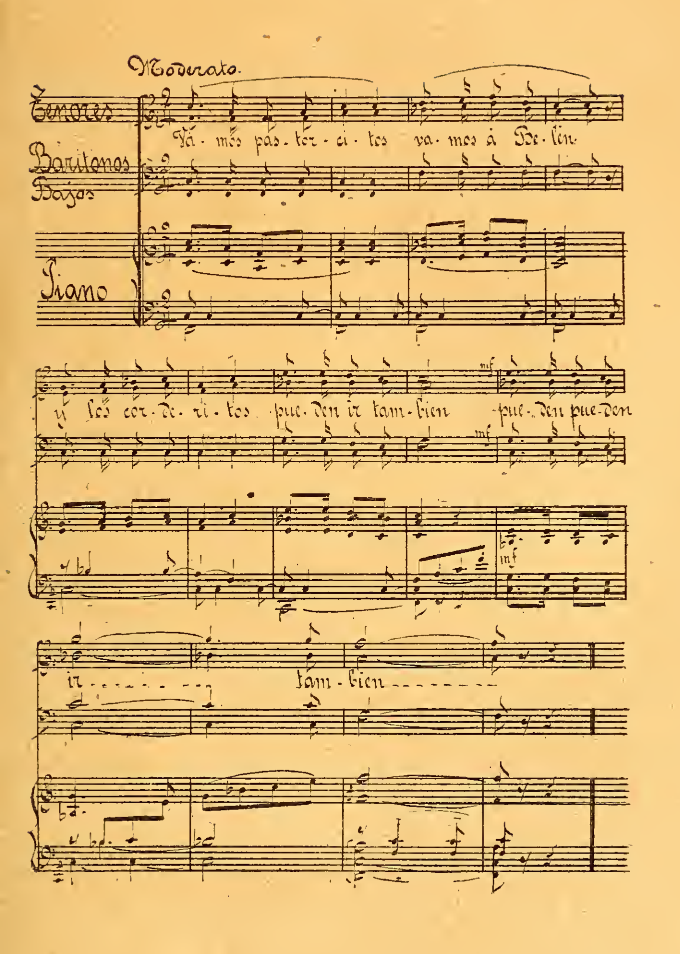
Villancicos.

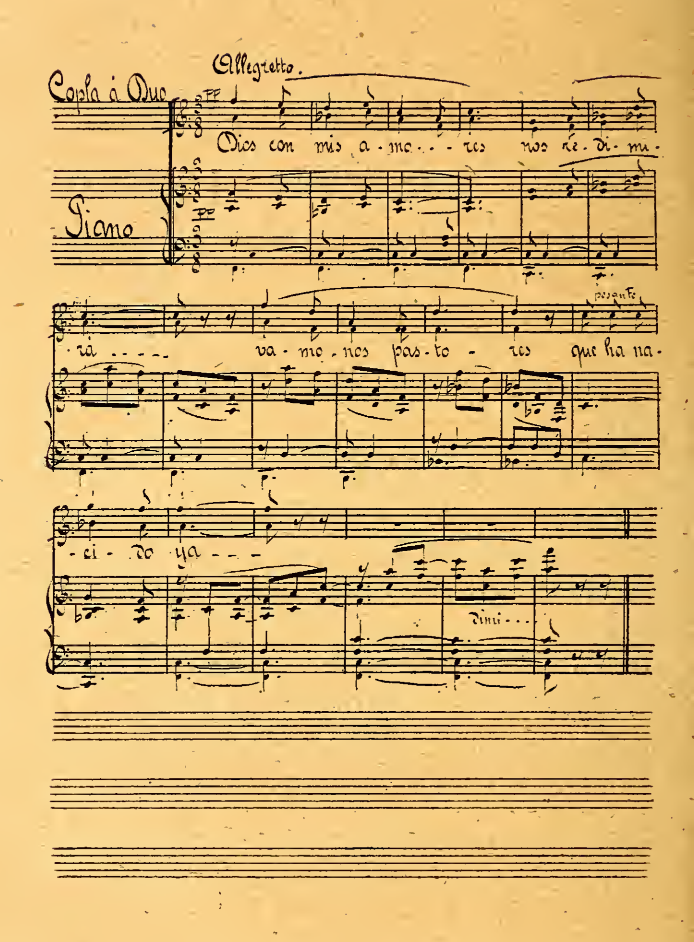
Rondalla. La Misa del Gallo.

Música del Maestro J. Fervidal.




a - - - - - - - de - len - - - - -
Allegretto.
Tenor a solo
Con flor de ro - me - ro con flor de pie
Piano
- dad - - - que bri - lló el lu - ce - ro de la hu - ma - ni - dad.
rit.


Moderato.
Tenores
Barítonos
Bajos
Piano
Vá - mos pás - tor - ci - tos va - mos á Be - lén
y los cor - de - ri - tos pue - den ir tam - bien pue - den pue - den
ir tam - bien



Copla á Duo
Allegretto.
pp
Dios con mis a - mo - - - res nos re - di - mi -
- rá - - - - va - mo - nos pas - to - res que ha na -
- ci - do ya - - - -
pesante
Piano
pp
dimi - - -

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El conde de Berlín, melodrama en 4 actos.

El secreto de la nieve, melodrama en 6 actos.

La misa del gallo, o el crimen de Nochebuena, melodrama en 6 actos.

Los náufragos de la vida, drama en 3 actos.

Gente de fábrica, drama moderno, en 7 actos.

La hiena, drama moderno, en 6 actos.

Misterio de glória, drama en 5 actos, en colaboración con don A. Mundet Alvarez.

La montaña y el llano, drama en 5 actos, en colaboración con don A. Mundet Alvarez.

El sitio de Tarragona, drama en 7 actos, en colaboración con don A. Mundet Alvarez.

Perla manchada, comedia en 4 actos, en colaboración con don José Fola Igúrbide.

Luz a la vida, comedia en 1 acto, en colaboración con don José Fola Igúrbide.

Cadena rota, comedia en 1 acto, en colaboración con don José Fola Igúrbide.

La sentencia, monólogo, versión castellana de don José M.ª López.

Los cascabeles, zarzuela en 1 acto, en colaboración con don A. Mundet Alvarez, música del maestro don José Fervidal.

El Filón, zarzuela en 1 acto, música del maestro don Salvador Martí.

Los duendes de Villaparda ó el rey de la ciencia oculta, zarzuela en 1 acto, música del maestro don Carlos Barris.

S. M. la baraja, zarzuela en 1 acto, música del maestro ***

L'alcalde de Santa Creu, drama catalán en 3 actos.

La campana de la fàbrica, drama catalán en 3 actos.

La turbina de la fàbrica, drama catalán en 6 actos.

L'herencia dels dos germans, drama catalán en 2 actos.

La pessa del Firmat, apropósito catalán en 1 acto.

Un sastre ab ribets d'autor, juguete catalán en 1 acto.

La ciencia fosca, juguete catalán en un acto.

La sentencia, monólogo catalán.

El sastre dels valents, sainete catalán, en 1 acto.

El sastre dels valents, o el sarau de cân Flautas, zarzuela en un acto, música del maestro don Carlos Barris.

Precio: 2 pesetas